

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

ADMINISTRADOR Y EDITOR RESPONSABLE.

FERMIN BAYONA.

TOMO III. — NUMERO 4.

SUMARIO:

- I. Prólogo del libro "*Páginas Rimadas*" de Carlos A. Imendia, por Francisco Gavidia — II. A mi Madre, en sus días (poesía), por Carlos A. Imendia — III. La Cuestión palpitante, por Vicenta Laparra de la Cerda — IV. La Esperanza, por Marina — V. A Trinidad (poesía), por Doroteo Fonseca — VI. La Lira, por Juan Bertis — VII. Drama (poesía), por *** — VIII. La Prescripción, por Víctor M. Jerez — IX. Serenata (poesía), por Ramón P. Molina — X. Lirio Azul, por J. Antonio Delgado — XI. Las Musas (poesía), por Rafael Obligado — XII. Ensayos de Derecho Internacional, por Fermín Bayona — XIII. Liras eternas (poesía), por José Rivas Groot — XIV. Otoniel, por Juan J. Lainez — XV. La Bachillera, por A *** — XVI. Notas — XVII. Miscelánea.

Redacción y Administración: Calle de Hidalgo núm. 69.



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL, CALLE DE RICAURTE. 12.

Enero 20 de 1891.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D.	Doroteo Fonseca.
1 ^{er} Vocal	"	Rafael E. Chávez.
2 ^o "	"	Francisco Dueñas.
Tesorero	"	Adrián García.
Fiscal	"	Miguel Dueñas.
1 ^{er} Secretario	"	Juan Mena.
2 ^o "	"	Fidel Antonio Novoa.

SOCIO HONORARIO,

Doctor Don Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Br. D.	Víctor M. Jerez.	Br. D.	Esteban C. Roque.
" "	Fermín Bayona.	" "	Abraham Chavarría.
" "	David A. Payés.	" "	Nazario Salaverría.
" "	Juan Gomar.	" "	Lisandro Blandón.
" "	Nicolás Leiva.	" "	Francisco Espinal.
Dr. "	Francisco Martínez Suárez.	Dr. "	Guadalupe Ramírez.
" "	Horacio Rómulo Jarquín.	" "	Francisco Gutiérrez.

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda	Srita.	Josefa Carraseo.
Srita.	Antonia Galindo	Lic. D.	J. Fermín Aycinena.
Br. D.	Salvador Flamenco.	Dr.	Rubén Rivera.
" "	Adolfo Castro.	" "	Abraham Rivera.
" "	Baltasar Parada.	" "	Francisco A. Reyes.
Dr. "	Simeón Eduardo.	" "	Carlos A. Imendia.
" "	Carlos Dárdano.	" "	Anselmo Valdés
" "	Ramón P. Molina	" "	Ismael Serna.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez,

Francisco Dueñas.

TOMO III |

SAN SALVADOR, ENERO DE 1891.

| NUM. 4

PRÓLOGO (*)

AL LIBRO DE POESÍAS "PÁGINAS RIMADAS" DE

CARLOS A. IMENDIA.

Tócame apadrinar, por una honra debida á la amistad y que agradezco profundamente, el presente libro de versos de Carlos A. Imendia.

Si en los centros de gran vida literaria, el prólogo de un libro es á veces un alarde en que el autor quiere que se vincule al suyo el nombre de algún personaje ilustre, á veces un *reclamo* que atraiga la atención del público lector en provecho del librero, á veces puro desahogo de la vanidad; aquí, donde no hay estas circunstancias, y principalmente en las distintas en que está el libro de Carlos, un prólogo, éste que escribo, es manifestación de la amistad, gusto de fraternizar en las páginas donde el poeta amigo ha vertido sus inspiraciones,

(*) Habiendo, por hoy, desistido nuestro consocio Imendia de la edición del libro de sus poesías, "La Juventud Salvadoreña" se complace en ser la primera en dar á conocer á sus lectores el autorizado "Prólogo" del señor Gavidia sobre la referida obra inédita.—L. R.

que son sus recuerdos y sus esperanzas, que son su alma ingenuamente trasladada á los versos.

Ningún juicio crítico podría hacer sobre la personalidad de un amigo en cuyos versos buscamos los rastros de impresiones tuyas que nos son conocidas; lo que dice á sus camaradas, lo que dice á su novia, lo que dice de sus dolores; y, también, siguiendo el hilo á las cosas, tales como van en la vida, las alusiones que hace á historias, entre compañeros contadas, comentadas y reídas.

Versos vívidos entre un círculo de buenos y leales corazones nos dejan perplejos cuando se trata de analizar lo que con ser del dominio del arte, es del dominio de nuestras repetidas conversaciones: no cabe crítica respecto de versos que son páginas en que se consigna el contento ó la tristeza que nos producen la dicha ó las penas de una alma fraternal, como no pensaríamos analizar sus cartas; la inteligencia se resiste á desempeñar las funciones que de derecho corresponden al corazón.

Carlos tiene su ciudad, y esta ciudad tiene á su poeta. Sonsonate es ciudad de prestigios para mi imaginación: donde tengo muchos amigos desconocidos y no por eso ciertamente los menos estimados. La propaganda asociacionista, que hoy se manifiesta en Centro-América traducida en realidad por medio centenar de clubs, lanzada por mí tímidamente, halló en la ciudad de los cocoteros quienes vienen favorablemente lo que á los más pareció utopía. La Unión Centro americana—que aspiraban á realizar los gobiernos por propio esfuerzo, que los pueblos desconcertaban con suspicacias y preveniciones las más de las veces justificables—tiene hoy en el mismo pueblo los comienzos de un apoyo y de un agente sin cuyo concurso las mejores y más altas ideas no llegan á ser nacionales. Sonsonate es para mí una ciudad querida, y antójaseme encontrar su vida y su modo de ser en su poeta, Carlos, cuyos versos, de un ritmo campoamoriano, imitan el rumor de las palmas, que allí agita un viento cálido, bajo un cielo que hace desfallecer por lo ardiente y lánguido. A esto llama Carlos la *Musa del calor*, á que él invoca “sujetando la pluma,” por efecto de “invencible letargo.”

El numen se resuelve en deleite, como dice el poeta,

“Por la influencia benéfica del sueño.”

Esta ciudad que yo no conozco, aparece confusamente en mi imaginación trazada por las impresiones que el poeta guarda en sus versos.

Su libro me habla de mis amigos lejanos y de mis correligionarios: el corazón y la cabeza se sienten interesados en su lectura.

Sé que mis juicios esta vez no pueden errar: Imendia no es solo

por nacimiento el poeta de su ciudad: es regional, es local porque sus versos son ecos de los hogares sonsonatecos: cuyas fiestas, los nombres de sus bellezas, lo que piensan sus enamorados, lo que cantan sus niños; reminiscencias de sus bailes é himnos de sus escuelas; el ramillete de flores enviado á una hermosa amiga el día de su santo; la tarjeta de visita y el canto de boda; el saludo al recién nacido que trae la alegría á la casa; la amiga, y las lágrimas que bañan las lápidas venerandas, sembradas en los caminos ay! harto conocidos del cementerio, todo palpita, con intensa viveza, con particular atracción para los corazones que sienten en ellos emociones ó afectos que los han conmovido ó que se les han comunicado, en los versos de un poeta amigo, de su poeta, es decir, de su eco que es un eco, razón.

Versos escritos sin pretensiones, con visible modestia, por un poeta joven é ingenuo, ellos tienen un destino amable y envidiable: ellos serán leídos por la joven de la ciudad: la hermosa hará descansar en su falda el volumen dichoso: la memoria de las bellas se sentirá acariciada por la música insistente de su ritmo fácil.

Y bien! yo pienso, cuando veo para un escritor reservado la misión de resumir la vida de lo que le rodea al ver pasar en este libro tanta silueta de cosas y de seres humanos, el Izalco con sus retumbos, sus llamas, sus torrentes de lava, “con su humareda plomiza”; el puente “Ceniza,” rodeado de yerbezuelas que florecen rústicamente; de campanillas, suquinayes y esquinsuches; el templo, el cementerio; toda una sociedad, sus ideas dominantes de religión y política y hasta sus costumbres y u-

sos peculiares;—yo pienso, digo, que la ambición del escritor puede hallar con sólo eso en qué satisfacerse, y hacerse cargo de una misión trascendental.

En torno de esa lira se agrupa la generación que se levanta: los adolescentes reciben de sus cuerdas, en sus corazones, blandos como la cera, las notas que el porvenir va ha oír repercutir. Si el poeta, como ha dicho uno que decía las cosas con grandeza, tiene á su cargo (ó debe tenerla) una “cura de almas,” no hay inteligencia, dotada del dón de producirse en los ecos voladores de la poesía, que no tenga deberes bellos y responsabilidades serias.

Las grandes ideas, las tentativas regeneradoras, la propaganda de la luz, deben tener en su alma una resonancia que puede comunicarles ese instrumento sonoro, la rima, y á sus vibraciones las gentes irán despertando y poniéndose en camino hacia la libertad. Por este camino llagan á la fama halagüeña los que la desean, adquirida por el trabajo del corazón puesto al servicio del progreso y la patria, por la acción del arte puesto al servicio de la redención humana.

Dos palabras, para concluir, sobre la persona de mi distinguido amigo, quien, como poeta realiza el ideal que hemos esbozado en los anteriores párrafos.

Inteligencia pronunciada en el sentido del bien y de la verdad, joven que entiende la seriedad de la vida, sus talentos están al servicio de la niñez: rodéale una muchedumbre de discípulos á que educa con entusiasmo y pensando en su patria, cuyo amor les infunde juntamente con ideas militantes y de acción, al revés de los que hallan por toda moralidad el decir á los futuros ciudadanos que es el colmo de la sensatez abstenerse de

pensar y trabajar en pro de los intereses de su país.

Esparece luces; riega los periódicos: canta la amistad, el amor, las dulces efusiones, al mismo tiempo que siembra el porvenir, y el poeta del hogar dilata su corazón y ayuda á encender el fuego de ideas del otro vasto hogar, Centro-América, cuyos escombros ayuda á animar—pues la misión de Orfeo no concluye nunca.

En Imendia lo que canta el poeta lo siente el hombre.

FRANCISCO GAVIDIA.

A MI MADRE,

EN SUS DIAS.

I

Voy la pluma á tomar, que en mi contento,
A ello siento que impelido soy;
Y he de hacerte, aunque humilde, en este día
Una poesía,
Pues felices tus años cumples hoy.

II

Y al dirigirme al cielo bondadoso,
Que el don precioso de salud te dió,
Le pediré también, madre querida,
Que en esta vida,
Tengas la dicha que deseo yo.

III

Quisiera poseer rico tesoro
De plata, de oro y de especial valor,
Para acercarme á tí con una ofrenda,
Que fuera prenda
De mi respeto, gratitud y amor.

IV

Pero soy pobre porque tú eres pobre,
Y aunque me sobre anhelo y ambición,
Ofrecerte no puedo yo otra cosa,
Grande valiosa,
Que lo que tú has formado: el corazón.

V

Aquí lo tienes: en abrazo estrecho,
Junto á tu pecho ahora latirá,

Y de gozo indecible estremecido,
Cada latido,
¡Oh madre mía! para tí será!

CARLOS A. IMENDIA.

LA CUESTION PALPITANTE.

¿Me será permitido echar un párrafo en contra del naturalismo que está invadiendo el campo de las bellas letras y que recibe continuamente la oblación de célebres escritores que asombran con su esclarecido talento y su magnífica erudición? ¿Tendré yo la incalificable audacia de hombrearme con esos ilustres ingenios y decirles: Señores míos: yo, soy vuestra mas entusiasta admiradora; pero respecto del naturalismo, no estoy de acuerdo con vosotros ni lo estaré nunca?—porque ustedes todos tienen sus ideas, yo también tengo las mías y las emito con el valor que suele prestar la ignorancia á los tontos.

Dicen los sabios de la escuela moderna, que el naturalismo es la perfección de la bella literatura; y yo aseguro que el naturalismo exagerado, es la descomposición del arte sublime, porque, para que una obra sea literaria es preciso que sea artística, y para que sea artística, es indispensable que tenga esos tonos, esos coloridos bellos, esos mil detalles que forman el cuadro, esa luz radiante que lucha con las sombras y rasga las tinieblas, haciendo lucir la estética en todo su esplendor, y, sobre todo, ese fondo moral que ennoblece los sentimientos y eleva el corazón; y vamos, será que soy muy corta de vista, y por eso en ciertas obras, no veo más que los densos vapores que brotan de los fangales enrareciendo la atmósfera y corrompiéndolo todo.

Cuando por curiosidad (que es el grave defecto de la mujer) he leído

algo de Zola y de López Bago, no he podido menos de exclamar con lágrimas en los ojos: ¡es lástima que plumas tan brillantes se ocupen en describir deformidades, reptiles y rameras, cuando debieran emplearse en pintar la belleza de los ángeles y la poesía de las flores!

No se puede negar que el mérito literario de esos noveladores, que han declarado una guerra sin cuartel al idealismo y que han logrado formar escuela, es grande; pero tampoco puede negarse que al leer sus obras, se tiene muchas veces que cerrar el libro, porque hay en ellas escenas tan escandalosas, que producen nauseas, y ¡en Dios y en mi ánima! que en todo lo que tenga alguna semejanza con el bálsamo de Fierabrás, no puede haber nada artístico, ni cosa que se le parezca.

Dicen también, que el mérito del naturalismo consiste en lo acertado que es, cuando habla de las pasiones que combaten el corazón, y confieso que lo hace á maravilla. Pero, permítaseme una objeción: ¿sólo pasiones malas hay en el mundo? ¿han desaparecido de la escena social los goces de la familia? ¿ya no existe el amor puro que es la poesía del alma? Ya no hay en la tierra mujeres honradas, que solo se nos habla de Mesalinas y nunca de Lucrecias? ¡Oh! eso es terriblemente desconsolador. Por fortuna, los autores naturalistas son desmentidos continuamente, porque la virtud reina y reinará siempre en todos los círculos sociales.

Desde que la tierra fué creada, las pasiones vienen combatiendo á la pobre humanidad. La virtud y el crimen batallan constantemente, la primera para colocar al hombre en el puesto que le corresponde por su dignidad de soberano de la creación y el segundo para hundirle en los antros de la degrada-

ción y el vicio. En esta lucha titánica que principió en el Paraíso y que no tendrá fin hasta que el mundo se desquicie y se pierda en la nada, muchos se han sumergido en el fango, pero no es menos el número de los que saben conquistar hermosos laureles, y salen incólumes de la terrible batalla. Y bien, si los naturalistas son tan entusiastas por la verdad, ¿por qué no describen con su natural elegancia esa guerra interminable entre el bien y el mal, entre la luz y la sombra y entre el espíritu y la materia? ¿por qué solo hablan de los sentidos y de las cloacas del vicio y nunca de los efectos nobles que embellecen el alma? Si por desgracia es verdad que hay en el mundo seres abyectos y degradados, no es menos cierto, que personas virtuosas, que son muy dignas de encomio, y á mí me parece lo más natural, que también figuren en las novelas que los ilustres genios escriben para recrearnos agradablemente. De los contrastes brotan los cuadros perfectos. Pero si en ese cuadro no vemos más que sombras y zapos y culebras, á no dudarlo tendremos que cerrar el libro haciendo el mismo gesto que haríamos al morder un limón podrido.

Además, las doctrinas del naturalismo son pésimas y su enseñanza atroz. Para los jóvenes que se nutren con ellas, la virtud es un mito, la honradez una palabra sin sentido y el amor un crimen.

Hace algún tiempo que un jovencito barbiponiente y muy dado á la lectura de las obras de Zola, me decía con un tonillo sarcástico y cargante:

—Y qué señora ¿todavía cree U. en la virtud? ¡bah! esa quimera solo podía encontrar prosélitos en la época del romanticismo: pero en el siglo diez y nueve, solo puede existir en los cerebros trastornados.

—¡Pobre niño! pensé yo: el na-

turalismo te hace escéptico á los diez y siete años.

Conocí también á una infeliz viuda que tenía una hija preciosa. Eran pobres, y Emilia, que así se llamaba la joven, trabajaba para sostener á su madre enferma. Las dos vivían tranquilas, sufriendo con santa resignación las escaseces que les brindaba la fortuna. El llanto no había bañado las tersas mejillas de Emilia, y al ver aquellas dos mártires del trabajo, se pensaba en dos ángeles.

Un pirata callejero conoció por desgracia á Emilia, comenzó la conquista de aquel corazón vírgen con el tenaz empeño, con que el vil seductor procura enlodar el velo de la inocencia; pero todos sus afanes eran inútiles. La joven creía en la virtud y la amaba, y aunque el conquistador le era simpático, se resistía heroicamente. Pero el infame no prescindió; y valiéndose de una muchacha perversa, hizo que ésta pusiera en manos de su pretendida, las obras de López Bago. La pobre niña las leyó sin que la viera su virtuosa madre, y lo que no pudieron hacer ni la simpatía ni las palabras tiernas, lo hizo el ejemplo de "La Pálida" y de "Rosita Pérez."

Emilia ya no creyó en la virtud porque le parecía impracticable. El naturalismo derramó en su alma su emponzoñada esencia, la hizo pensar que no era un crimen dejarse arrebatar por el torbellino de las pasiones, el trabajo le fué fastidioso, la pobreza insoportable, los consejos de su tierna madre importunos, en fin, á Emilia le pareció lo más natural del mundo perderse; y se perdió.

Su infeliz madre no pudo resistir un golpe tan rudo, y murió bien pronto con el corazón hipertrofiado, lejos ¡muy lejos de su hija!

Un año después, la bella Emilia espiraba sobre un duro lecho del

Hospital, y la última palabra que brotó como un gemido de su boca amoratada por el frío beso de la muerte, fué una maldición para el célebre autor de "La Buscona."

¡Oh, qué azañas las del naturalismo! Sus doctrinas matan las creencias en el alma de los jóvenes, marchitan la corona de las vírgenes, y hunden á los ángeles en el lodo inmundo de la degradación.

¿Se puede hacer más por el bien de la humanidad?

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

LA ESPERANZA.

La esperanza es el rayo de luz que ilumina la senda estrecha de la vida. Continuamente la vemos aparecer á través del sombrío ramaje de nuestras penas alentándonos con su mirada á seguir el camino ya trazado por la mano de Dios. Oh! nosotros no llegaríamos al término de nuestro viaje si no encontráramos á cada paso ese bendito rayo de luz que llamamos esperanza.

A veces creemos que nos ha dejado solos, que la hemos perdido para siempre y que en lo sucesivo tendremos que tropezar en las duras piedras de la desilusión sin que nos alumbré su luz suave y tibia. Pero de repente, en medio de las tinieblas y tristezas que nos rodean, ella nos muestra su semblante sonrosado y fresco: entonces cobramos fuerzas y alegres seguimos caminando por la senda tortuosa de la vida.

El más pobre peregrino que ignora hoy si comerá mañana, abraza en su pecho la esperanza. Y ella es generosa con todo el mundo: lo mismo favorece al mendigo que descalzo viaja, que al rico señor que llevan en hombros sus esclavos.

La esperanza sostiene al niño que huérfano llora las caricias de su madre; alienta á la viuda pobre que trabaja para sus hijos; dá valor al marinero audaz que lucha contra los elementos.

La esperanza es la única flor que no perece: todos la cultivamos con esmero en el jardín secreto del corazón porque nos seduce y halaga su perfume embriagador. Esta flor se dá en todos los terrenos: lo mismo crece en el palacio del poderoso que en la choza humilde del labrador.

La esperanza es el astro que brilla en el cielo azul del poeta. Ella dá fuerza al débil náufrago haciéndole ver un buque salvador en el lejano horizonte; también habita y duerme en el corazón del que ama; el inspirado pintor la encuentra en sus pinceles y el escritor de fama en los perfiles de su pluma; es la gota de miel que endulza un poco las amarguras de la vida.

Oh esperanza! tú eres mi inseparable compañera. Yo adoro tu faz risueña porque en mis horas de triste desaliento me tiendes la mano y en mi alma viertes el puro bálsamo del consuelo.

MARINA.

A TRINIDAD.

TRES DEIDADES tu nombre significa,
Y las tres constituyen tu ventura:
Pues tu sér, Trinidad, personifica
La VIRTUD, el TALENTO y la HERMOSURA!

DOROTEO FONSECA.

San Salvador: 16 de junio de 1889.

LA LIRA.

Con sumo agrado hemos leído los discursos pronunciados última-

mente por jóvenes apreciables é inteligentes; ellos nos han impulsado á escribir estas líneas.

La Lira, según se dice, fué inventada por Mercurio ó por Apolo ó por Orfeo, ó mas bien, habiendo Mercurio regalado su lira á Apolo, le fué consagrada á éste, y se le dió su nombre. Al principio no tuvo más que tres cuerdas, después llegó hasta siete y se tocaba ó con el plectro ó con los dedos.

Seu chelin digitis, et eburneo berbere pulsas.

La Lira antigua inventada por Mercurio se componía de una concha de tortuga, que este Dios halló por casualidad y sobre cuya boca extendió una piel muy delgada, levantando de sus lados dos brazos, en cuya extremidad había un atravesañ, y sobre la piel que cubría la concha, una media caña de carrizo en que se ataban siete cuerdas, que desde allí se extendían hasta el atravesañ. Tal era la antigua CHELYIS ó Lira de Mercurio, que fué colocada entre las constelaciones y representada bajo una figura semejante á la de la tortuga. De esta máquina informe vino según se asegura, la lira que se ve en los mármoles y medallas antiguas en manos de Apolo, Hércules, Arión, etc., etc. Se compone de dos piezas ó dos SS unidas por sus extremidades.

La Lira se tocaba con plectro ó hiriendo las cuerdas con los dedos. Homero da plectro á Apolo que la toca. De Hércules se dice que con él mató á Lino que le enseñaba á tocarla.

La Lira en sus principios no tuvo más que tres cuerdas, después se le pusieron cuatro, y finalmente se fijó en siete. Timoteo, que vino á Lacedemonia casi seiscientos años antes de Jesucristo, le añadió dos; pero los Eforos ó magistrados de Esparta le multaron, le obligaron á cortar en una numerosa reu-

nión popular las cuerdas que había añadido, colgaron su lira en un lugar público y le desterraron de Esparta. Son notables las palabras del decreto que contra él pronunciaron: "Por cuanto Timoteo de Mileto, viniendo á nuestra ciudad, menospreció la antigua costumbre de cantar con acompañamiento de instrumentos músicos, y el uso recibido de la Lira de siete cuerdas, introduciendo un número mayor, corrompiendo los oídos de los jóvenes con esta novedad, mudando la forma y la naturaleza de la música haciéndola de sencilla y grave, muy variada y cortada; habiendo además divulgado una doctrina perniciosa en los juegos de Ceres Eleucina, y representado indecorosamente el parto de Semele; por tanto, ha parecido al rey y á los Eforos condenar á Timoteo á que corte las restantes cuerdas de su lira, dejándole solamente siete, para que con el ejemplo de este castigo, entiendan los jóvenes que no deben introducir en Lacedemonia ninguna mala costumbre, y á los juegos se les conserve su honor. Plurarco, Libro 2º Cap. 27."

Casi el mismo trato dieron á los tocadores Terprando y Fírmides, por cuyo motivo los Lacedemonios se lisonjean de haber salvado la música tres ocasiones: tal era la severidad de aquel pueblo, y su afecto á los antiguos usos. Píndaro da siempre siete cuerdas á la Lira, lo mismo que Horacio.

Tu que, testudo, resonare septem Callida servis.

Se dice que Simonides fué quien le añadió por fin la octava y Timoteo la prima. Por lo demás no era la ignorancia la que impulsaba á los antiguos á no admitir mayor número de cuerdas en sus instrumentos; tenían gusto y oído, y sabían muy bien lo que era bueno y armonioso. Según afirma Plutarco querían ellos una música varo-

nil, grave y capaz de inspirar amor á la virtud, y respeto á la religión.

Todo lo dicho se refiere á la música de los griegos. En las antiguas medallas acuñadas en tiempo del sumo sacerdote Simón, se ve muy bien señalada una lira de la misma forma que la que se pone en las manos de Apolo.

San Salvador, Enero de 1891.

JUAN BERTIS

DRAMA!

A UNA AMIGA EN SU CUMPLEAÑOS.

La aurora asoma radiante
Por el límpido horizonte
Bañando en su luz brillante
La colina, el valle, el monte.

En todo hay calma serena
Y todo al amor convida
Cuando en la estancia florida
De un jardín pasa esta escena:—

El nardo—Yo adoro en ella
Como en su ídolo el cristiano;
Y si fuera soberano,
A las plantas de esa bella
Colocaría orgulloso
En prueba de vasallaje,
Los encantos del celaje,
La soberbia del coloso.
Mas le doy cuanto es mi gloria,
Lo que me brindó natura,
Aromas del alma pura,
Recuerdos de mi memoria.

Dijo y calló—La violeta
Temblando, tímida habló:
—¿Y qué puedo decir yo
De una niña tan discreta?
Hay en su alma soñadora
Y en su corazón de artista,
Visiones de evangelista,
Pensamientos de creadora.

Calló.

En búcaro gentil
Abrió su caliz la rosa
Derramando voluptuosa
Aromas en el pensil:
Alzó su voz de sultana
Y á cuantas flores había.

En su language decía:

—Comprendo que esta mañana
No se parece á ninguna;
Todo es hoy dicha, contento,
Placeres, arrobamiento
Para quien vive en la cuna:
Le da su encanto la aurora,
Su pureza la azucena,
Sus acentos filomena
Y Dios su luz protectora....

Mientras la rosa así hablaba
Pasó la brisa gimiendo
Y orgullosa sonriendo
Así le dijo:
—Escuchaba
Tus palabras, mas no sabes
Que el aroma de las flores,
Los celestes arboles
Y el acento de las aves,
Nada valen, pobre rosa,
Ante la gloria suprema
De quien lleva por diadema
La virtud esplendorosa.
En mis alas traigo olores
De su aliento perfumado,
Miel de su labio rosado,
Secretos de sus amores
Que para tanta grandeza
Haya ovación soberana
Pues tan linda americana
Nos encanta y embeleza.

Calló; y un coro divino
De dulces notas aladas,
Cual de lirás arrancadas
Sonó en el regio pensil;
Y brisas, aves y flores
Por tus virtudes gozaron
Y entre todas te aclamaron
La más gallarda y gentil

Noviembre 23 de 1890

LA PRESCRIPCION.

Para la conservación de la personalidad, para la realización de los fines que comprende la actividad humana, para el logro del progreso sucesivo, que es ley común á todos los seres, y para la misma estabilidad de las asociaciones generales, ha sido necesario el prin-

cipio de propiedad que, proporcionando á cada cual los elementos adecuados para dar cumplido lleno á las diarias necesidades, asegura la tranquilidad reparadora, brinda el reposo conveniente para cobrar nuevas fuerzas y entrar de nuevo á la constante lucha, y permite aplicar todas las fuerzas del espíritu á trabajos de un orden superior, que se resuelven siempre en satisfacción para el que los emprende de buena fé y muchas veces en honra y provecho para la humanidad.

Contrarias al desarrollo y perfección de los individuos son aquellas teorías que tienden á establecer un concepto erróneo de igualdad, que destruye por completo el sistema de la propiedad privada, y que al matar el interés individual, viene á cegar todas las fuentes del mejoramiento.

Reconocido el origen natural de la propiedad privada, se ha debatido con bastante interés por gran número de pensadores, si la prescripción es ó no conforme á los principios del derecho racional, ó si ha sido creada por el derecho civil en consideración á los intereses sociales.

Los derechos absolutos no están sujetos á los caprichos de ninguno, son anteriores á las leyes, superiores á las convenciones y por su propia naturaleza inalienables é irrenunciables, dicen los que aceptan la prescripción como simple institución de derecho positivo, y aducen en apoyo de su opinión que se prescribe una cosa tomando como fundamento ciertos hechos y un espacio mas ó menos considerable de tiempo; que el derecho por más que se aglomeran imaginariamente años sobre años, siglos sobre siglos, siempre se mantendrá en su integridad y nunca alcanzará el tiempo que pesa sobre la materia para transformar lo justo en

injusto, ni tendrán poder suficiente las razones que se aleguen para demostrar que es conforme á derecho, aquello que abiertamente se opone á las manifestaciones de la voluntad racional; que si se supone renuncia de parte de aquel que no usa de un derecho, podría este argumento abarcar tanto que solo en las cosas que se tengan á mano no cabría la prescripción y finalmente que es atentatoria á la naturaleza la prescripción; porque el dueño de una cosa puede, como decían los antiguos expositores del Derecho, usar y abusar de ella.

En oposición a la teoría que se ha expuesto, algunos autores reconocen la fuerza de las razones en que se apoya; pero admiten la prescripción como simple institución civil, cuyo establecimiento obedece al deseo de parte del Estado de fomentar la riqueza pública, evitar la inamovilidad de los bienes y por otra parte no mantener en la incertidumbre á quien ha poseído como dueño y con ánimo de adquirir, durante un número determinado de años; que el Derecho Natural se opone á que se pierda por el abandono la propiedad de una cosa, y que es de esperarse que á medida que el conocimiento y la práctica de los deberes vayan difundiéndose, nunca perderá una persona por el trascurso del tiempo la propiedad que haya adquirido.

Para proceder ordenadamente hay que considerar en primer término que no es el solo trascurso del tiempo el que viene á legitimar la adquisición, que se exigen otras condiciones tales como la buena fé, es decir, la ignorancia de que existía otro de mejor derecho, el justo título, que viene á colocar en aptitud de adquirir el dominio, y además la posesión de la cosa; requisitos todos que garantizan á los asociados en sus propiedades y que establecen la armonía social.

Si ahora se pasa á considerar este asunto bajo un aspecto más fundamental, ante todo conviene notar, que en la propiedad se sintetiza la personalidad humana y se establece un lazo entre su ser y su haber, es decir entre sus varias necesidades, así del orden espiritual como del temporal, y los objetos que prestan alguna utilidad para llenar aquellas mismas necesidades; que el hombre, en cuanto miembro de la sociedad está sujeto á leyes que propenden á mantener el equilibrio entre todos los asociados; que el fin de la propiedad es auxiliar á la satisfacción de lo que se necesita, y que desde el punto en que un propietario no ejerce ningún derecho sobre una cosa, es ó que no necesita de ella ó que la deja para que otros la adquieran. Esta no es una mera suposición, como se pretende por algunos, pues nada más racional que deducir del abandono de la cosa la renuncia del derecho, tanto más que el acto interno de querer ó no querer, solo puede estimarse en lo externo por el abandono de lo antes poseído.

Enlazado el concepto moral con el concepto jurídico, sin establecer por esto que se confundan, el ejercicio de la propiedad ha de ser conforme á los principios de la moral y del derecho, y por cierto nada sería más inmoral que mientras otros podrían aprovecharse de aquellos bienes abandonados por su dueño, solo por una ridícula idea de respeto, se privara al Estado de aquellos productos que aumentarían la riqueza general y de aquellos beneficios que aprovecharían á más de un necesitado.

Ese terrible problema de la lucha por la existencia, que ha producido tantos males y que absorbe la atención de filósofos y estadistas, sin poder aún encontrarle solución, ese enigma pavoroso que amenaza la vitalidad de las socie-

dades, encontraría medios más fáciles para extenderse y poner en peligro las modernas instituciones, dando márgen á multitud de costosos litigios entre los poseedores y los propietarios.

Estudiando el desarrollo que ha tenido la idea de la propiedad se encontrarán dos períodos bien marcados: aquel en que predomina el elemento social y el otro en que impera el elemento personal. Últimamente se ha venido á reconocer, que así como no debe olvidarse que la propiedad mira especialmente á la persona, hay también que aceptar cierto elemento social en cuya virtud se establece la espropiación por causa de utilidad pública, y se sanciona y legitima el establecimiento de la prescripción, como condición que el cuerpo social emplea, tanto para evitar los caprichos de ciertos seres refractarios á todo adelanto, como para mantener el movimiento necesario á toda institución práctica.

Siendo el Estado la institución encargada de realizar el derecho á él corresponde, por su propia naturaleza, proteger y respetar la propiedad, quitando todos los inconvenientes que se opongan á su progresivo desarrollo y que sirvan de diques para que la riqueza general permanezca sin aumentarse, y estableciendo por otra parte instituciones, que como la prescripción, son necesidades del estado social y por consiguiente conformes á los dictados de la razón y á los preceptos del derecho.

VÍCTOR M. JEREZ.

SERENATA.

I

Vuelvo á los tiempos de las soñadas
Divinas ansias de la ilusión,

Cuando las niñas enamoradas
En sus ventanas acicaladas
Quejas oían del corazón;

Y vengo á darte
Con mis cantares,
No mis tristezas
Ni mis pesares,
Sino las bellas flores
De la mañana
Con sus colores!

Te ofrezco notas, te ofrezco cantos,
Céfiro blando, primaveral;
Y los perfumes y los encantos
De las camelias, los amarantos,
Los azahares del naranjal!

Te doy perfumes;
Olor de rosas,
Y muchas alas
De mariposas,
Y entre suspiros suaves
Te doy cantares
De muchas aves!

Escucha, niña, los festivos
Que se desprenden de mi canción:
Yo en las mañanas primaverales
Busqué las notas más celestiales,
Y aquí las deja mi corazón!.....

Ven!... y recógelas
Con las memorias
De mis más puras
Dulces historias,
Historias cariñosas,
Suaves y frescas
Como las rosas!

II

Yo, vengo á darte mi serenata
Niña graciosa, pura y gentil,
Porque en tus ojos la luz retrata
Muchas bellezas; y hay escarlata
En esos labios que besa Abril....!

Acoge amiga,
Muy cariñosa,
Entre sonrisas,
La respetuosa
Y pobre serenata
Que dejo en tu álbum,
Sencilla y grata!

Ve niña bella: el arroyuelo
Te da su ruido murmurador;
Te bajan rayos de luz del cielo

Y te saluda tendiendo el vuelo
Por los espacios el ruiseñor;

Y te recrean
Los resplandores
Que se contemplan
Como vapores,
Resplandores de luna
Entre las ondas
De la laguna!

Te dan perfumes las lindas flores,
Te da sus brisas el manantial;
Y el ángel casto de los amores
Te da suspiros arrobadores
Entre los nardos del florestal!

Y yo te ofrezco
Tiernos cantares
Y hecho al olvido
Cruelles pesares
Rudos enojos,
Cuando contemplo
Tus negros ojos!

III

Los finos bucles de tu cabello,
Ruedan sedientos sobre tu frente;
Y los que bajan sobre tu cuello
En un conjunto gracioso y bello
Dan á tu rostro belleza ingente!

Niña hechicera,
Quien hoy te admira
Te ofrece cantos
Que da la lira,
Porque eres, ay, tan bella
Como los rayos
De una estrella!

Toreaz amante de los pinares,
Ave divina que hiende el aire,
Y va al arrullo de sus cantares
Batiendo el ala; y en los altares
De la belleza luce el donaire....!

Mis pobres versos,
Amiga mía,
Con mis recuerdos
Y mi poesía
Aquí los canto y dejo
De mi cariño
Como un reflejo.

Jamás me olvides, pues mi ternura
Y mis recuerdos se van contigo;
Tú eres morena y eres tan pura....
Jamás me olvides gentil criatura

Y nunca dudes que soy tu amigo!

Como un recuerdo
De despedida,
Te ofrezco versos
En tu partida
Ya que pronto te alejas
Llévate niña,
Mis pobres quejas!

Vuelvo á los tiempos de las soñadas
Divinas ansias de la ilusión,
Cuando las niñas enamoradas
En sus ventanas acicaladas
Quejas oían del corazón.

RAMÓN P. MOLINA.

EL LIRIO AZUL.

(A FRANCISCO DUEÑAS.)

El alba plegaba ya sus blancas alas, y al través de la nítida claridad de la luz sideral, veíase el fondo azul.

En Oriente brillaban los dorados fulgores que preceden á la mañana: nimbo de luz que circunscribe en el horizonte los primeros arreboles de la aurora.

Acariciado por el dulce soplo del aura matinal, internábame cada vez más, en las profundidades de aquella espesa selva. Por entre las brechas de las copas descendía la luz, esmaltando con sus tintes de perlas las hojas y los troncos. Los fantasmas de la noche huían, sacudiendo el tupido follaje, espantados por la creciente claridad de aquella hermosa mañana de primavera.

A mis pies sentía crecer la yerba y oía los zumbidos de los alados insectos que revolaban; en las cimas, ruidos de alas y ensayos de gorgeos.

Emergían de la tierra y de los árboles, al brote de los renuevos, como aromas de miel, de ambar.

Las ramas parecían dilatarse al

calor de la hirviente savia que hinchaba las purpuradas yemas.

Como si las horas, los días, se hubieran sucedido con vertiginosa rapidez, percibía los primeros trinos de la alondra que se remonta al zenit saludando á la alborada; las palpitations de las flores que se tocan, de las corolas que se esponjan, del fecundante polen que se esparcía como sutil polvo de oro; de la cápsula que estalla; del fruto que madura; todo, con percepciones reales, como si mis sentidos hubiesen alcanzado la más exquisita sensibilidad.

De improviso, á lo lejos, ví aparecer como un mar de fuego hirviente del cual surgían ondas de variados tintes con elevadas crestas de irizadas espumas; y más allá, en el fondo, el espacio azul.

Presas del mayor asombro, caminé casi instintivamente y llegué á un claro de la selva. Los álamos circuían, formando un anfiteatro que parecía de esmeraldas, una llanura sembrada de inmensos lirios blancos, que á las caricias de favorio se columpiaban.

¡Oh! prodigioso efecto de luz! El Oriente encendido, bañaba de oro y púrpura la bóveda celeste, y un ancho haz de luz que como luminosa zona cruzaba el infinito animado por las vibraciones de miriadas de átomos brillantes, inundaba el campo de lirios, tiñéndolos con los colores del iris. Al beso ardiente del astro-rey, estremecíanse los albos capullos y ¡oh maravillosa visión! al esponjarse, veía surgir de cada corola algo como el halo de una estrella, como el vaho que exhalaran perfumados pebeteros de alabastro; vapor sutil que á medida que ascendía condensábase, con ondulaciones vagas, cual si palpitase, tras sus finísimos encajes, un pecho ardiente. A poco, parecíame que, como si fuesen bloques de mármol mordidos por el cincel

de invisible artífice, aquellas como vaporosas nieblas se tornaban en bellísimas formas, no con los duros perfiles de la piedra, sino con los suaves lineamentos de divinos cuerpos que tomaban poco á poco el colorido de una rosada carnación, traduciendo las pulsaciones de una circulación juvenil.

¡Ah! será esa la encarnación del alma de la flor, al beso de la luz, cuando se entreabren las corolas, pensé, recordando á los poetas! . . .

Al dulce arrobamiento del principio; á las infinitas emociones que aquel espectáculo me causara, sucedió la terrible conmoción que produciría lo fantástico al tornarse en realidad. Dulcísimas armonías poblaban el espacio; las copudas cimas de la selva estremecíanse como al soplo del huracan; oíanse rugidos de bestias felinas, y de la tierra que parecía alborozada emergían como hálitos de bochorno. En aquel campo antes poblado de lirios, graciosas ninfas danzaban alegres, asidas de las manos, al viento las rizadas cabelleras ornadas de pámpanos, en derredor de una cueva guardada por inmensas rocas de granito. Un hombrecillo, encorvado y barbudo, que llevaba sobre la ceñuda frente pequeños cuernos, saltaba al pié del socavón haciendo resonar sobre la roca sus cascos de cabro.

La expresión de aquel viejo sátiro de ojos oblicuos, chispeantes de lascivia, de curva y desmesurada boca y de enjutos carrillos arrugados por satánica sonrisa, era la de una mueca horripilante.

La danza continuaba cada vez más alegre acompañada por una banda de sátiros montados á horcajadas sobre pequeñas rocas, sonando sus flautas y haciendo vibrar los tímpanos y crótalos.

Un gnomo, velludo, cuya barba colgaba al pecho, surgió del oscuro antro, y, después de repetidos sal-

tos y genuflexiones, puso en la diestra del viejo caprípedo un tirso.

Las ninfas, cada cual á su vez, en medio de la fiebre de la danza, se llegaban al que parecía ser el rey de aquellas selvas, entonaban un cántico, y luego colocaban una rosa ó un ramo de mirto en la guirnalda que ceñía su poblada melena y vertían, en copa de nacar, el líquido ambarino de una ánfora de plata. El viejo sátiro apuraba aquel licor haciendo chasquear la lengua y mirando de soslayo las prominentes combas de unos pechos, los perfiles de un flexible torso, ó los toques de luz sobre los derrames de una cadera ancha. Y la danza continuaba, cada vez más alegre, mientras las armonías de las flautas y las cristalinas notas de los tímpanos y crótalos vibraban en el éter; cuando, á una señal del rey-caprípedo, todo quedó en silencio: las graciosas ninfas, como enjambre de abejas heridas por el sol, flotantes los dorados cabellos ó las negras matas de ébano, corrieron en bulliciosa turba hasta perderse en la selva. La banda de sátiros siguió sus huellas, saltando como canguros en asecho de sus presas.

—“Oye, dijo el sátiro viejo al gnomo que yacía á sus piés, hace mucho tiempo, como tú sabes, que intento, en vano, someter á mis ruegos á la ninfa del lirio azul.

Á pesar de mi severidad, á la cual hube de recurrir sometiéndola al duro cautiverio de las desobedientes, no he podido domeñar su altivez. Pues bien, he resuelto, aun á trueque de perderla, subyugar su orgullo. Tú sabes que cortando el tallo del lirio con esta hoz de oro que encubren los laureles de mi tirso, ella morirá, como la planta que la encarna, cuando el sol se oculta en mis dominios; pero, entretanto, la estrecharé en mis brazos; será mía.”

Cuando así hablaba, pasaban por sus ojos relámpagos de una luz siniestra, como si en aquel instante todas las pasiones se hubieran desencadenado en su pecho. Gesticulaba ajitando sus descarnadas manos y golpeando con tal furia en la roca que hacía estremecerse la caverna.

El gnomo, apoyando los codos en el ánfora, le escuchaba mesando su lengua barba.

“Cuando llegue el sol á la mitad de su carrera, yo iré allá, dijo, señalando una colina; esa es la única hora en que la ninfa sale de su prisión para bañarse en la cascada. Yo estaré ahí; lo demás, ya lo sabes.

Si logro despertar en su pecho el fuego del amor, entonces no morirá y yo huiré con ella, quizás por mucho tiempo, de estas selvas. Tú, mientras tanto, me reemplazarás.” El gnomo, pos-trándose de hinojos, levantó tres veces la cabeza, sin duda en prueba de asentimiento.

Incorporáronse ambos y desaparecieron en la cueva,

Oculto tras un árbol había escuchado las palabras del sátiro sin perder una sílaba, y tan luego como hubieron desaparecido, dirígeme hacia la colina.

Al pié de verde collado, extendíase la inmensidad del oceano hasta perderse en los confines del límpido cielo azul.

Cerca de la colina, sobre abruptas rocas de zafiro y de coral, caían las cristalinas aguas de una cascada, burbujeando en continua explosión de perlas al romperse en los riscos; luego, la linfa, deslizándose sobre el césped, iba á perderse en el mar. Flotaban sobre las tranquilas aguas del arroyo hojas de jaramago y cerca de la orilla alzábbase, esbelto, un lirio azul. Al verlo, recordé las palabras del sátiro y sentí una extraña fruición.

A medida que el sol avanzaba

hacia el zenit, los pétalos del lirio se animaban de ondulaciones suaves y del fondo de la corola exhalábanse rumores de suspiros que hacían temblar las gotas de rocío.

Con emoción infinita esperaba el instante de la sublime transformación.

Las aguas del mar, hasta entonces tranquilas, empezaron á agitarse como si despertasen al soplo de una nueva vida, y sus ondas resplandecientes como fundidos cristales heridos por la luz, parecían jaspeadas á trechos por fulgores de oro y de bruñida plata.

Armonías de una música divina acariciaron mis oídos, cual si vibrasen en mi derredor cien arpas eólias: era un coro de náyades que flotaba sobre la hirviente espuma, como hermosas perlas desprendidas del fondo del oceano: los cabellos, sueltos, mecíanse al rítmico vaivén de la onda; al aire los eúrneos brazos, aquellas hermosas ninfas del oceano, soplaban en inmensos caracoles, produciendo las dulces armonías que acariciaban mis oídos.

El sol brilló en la mitad de su carrera; sus rayos cayeron perpendiculares sobre la tierra y entonces apareció á mi vista, bella, divina en su casta desnudez, la hermosa ninfa del lirio azul, envuelta en una aureola de luz celeste.

¡Venid poetas, inmortales genios del arte! Traedme vuestras concepciones, vuestras obras, y decidme si del verso, de la paleta ó de la piedra brotó una creación más ideal.

¿Hubo acaso entre las flotantes heroínas de las montañas de Inisfail, belleza igual?

¿Helena, la Fornarina, Teodata, podrían por ventura rivalizar con ella?

¿Vuestros modelos de Corinto, de Pafos, superaban, decidme, su radiante hermosura?

Oh! todas vuestras creaciones, aun animadas por el soplo de la vida real, palidecen ante la rubia ninfa del lirio azul!...

Miradla, sinó, resplandeciendo en su belleza, sustentada por la corola que apenas si se inclinan á su peso.

Su cabellera, es luz; sus ojos, cielo azul; su boca, es miel y púrpura; sus perfiles, ideales son; su albo pecho coronado de rosas, ondula apenas al calor del santo fuego que ahí dentro arde; su porte, majestuoso, es de una reina.

Vedla como corre hacia el arroyo sin hollar siquiera el césped. La linfa exhala dulces rumores al envolverla en sus cristales, y las ondas de la cascada ciñeron su talle con una clámide de cristalina luz.

Y no pude reprimir un grito de admiración y corrí hacia ella como poceído de un fantástico delirio.

¡Oh! tú, inmaculada virgen de estas selvas, deja que la luz inefable de tus pupilas descienda sobre mi espíritu—dije, sintiéndome abrasado en el divino fuego del amor. Sus ojos fijáronse en los míos y encendiéronse sus mejillas.

En aquel instante oyéronse rumores en la selva y ví al viejo sátiro que aprestaba la hoz que encubrían los laureles de su tirso.

Sin que mis labios hubieran pronunciado una sola palabra, nos comprendíamos como por una misteriosa penetración de nuestros espíritus, y sentí ¡oh dicha suprema! en los latidos de su pecho, las palpitaiones del amor.

El peligro era inminente. El sátiro deslizándose sobre el suelo, como culebra, avanzaba—y como si ella hubiera, leído en el fondo de mi alma, “No temas, me dijo; lo sé todo; el amor que has despertado en mi alma, me escuda contra las asechanzas del monstruo.”

Y sonriéndome, continuó: “Comprendo que me sacrificas la vida;

pero no es necesario! Ven,” me dijo.

Llegamos cerca del lirio, que había tomado dimensiones colosales, cortolo, y arrojándolo al mar, me dijo con una dulce mirada, “sígueme.” Los pétalos, unidos, parecían una pequeña góndola, y en el fondo de la corola, que las náyades impulsaban al soplo de los caracoles, dejando una blanca estela de espuma y de luz, enlazados nuestros brazos y juntas nuestras cabezas, viviendo la misma vida, respirando un solo aliento, nos alejamos de la orilla.

La tierra se estremeció y ruidos tremendos conmovieron las aguas; volvimos la vista y vimos que el viejo sátiro se precipitaba de las elevadas rocas.

Los días y las noches pasaban sin que nos apercibiéramos del tiempo. Recuerdo que nos envolvía una suave claridad; que vibraban dulcísimas armonías; que el mar estaba sereno y el cielo siempre azul

¡Oh mi amada compañera, dime, quién eras tú allá en aquellas selvas?

Tú lo sabes, me contestó sonriendo, yo era el lirio azul.

J. ANTONIO DELGADO.

LAS MUSAS.

Vivaz, armoniosa,
risueña y sonrosada,
el trágico coturno
crugiéndole en las plantas,
volcando el traje en opulentos pliegues
la Musa excelsa de los griegos pasa.

Morena, y tan hebrea
la carne como el alma,
musa de los cantares
noctívaga inflamada,
la dulce Sulamita, olor de rosas
por los viñedos de Engadí derrama.

Batiendo entre las nieblas

del Rhin la veste blanca,
tendidas al castillo
las silenciosas alas,
desciende, envuelta en claridad de luna,
la pensativa inaspiración germánica.

Cruzando aquí llanuras,
trepando allá montañas
joven, hermosa, llena
de ensueños y esperanzas:
—“A ideal, nos grita, á las alturas!”
la adolescente Musa americana.

RAFAEL OBLIGADO.

ENSAYOS DE DERECHO INTERNACIONAL.

Hay cuestiones de tal magnitud para la vida de los pueblos, que no es posible á los hombres de ciencia permanecer indiferentes esperando el resultado de las fatales consecuencias que estas entrañan, á menos de estar enervados por una indolencia criminal que los haga responsables ante la posteridad, de la decadencia ó ruina total de las naciones, pues aceptarlas tal cual se presentan en la vida práctica de los gobiernos, sería consentir nada menos que en la disolución y anadamiento de las sociedades.

El Derecho internacional que descansa en doctrinas más ó menos autorizadas, porque hasta hoy, desgraciadamente, no se han podido poner en práctica los principios naturales que son su fundamento, está más expuesto que otro ninguno á ser contrariado por la fuerza de que legalmente se creen disponer los gobiernos; y es por esto que nosotros los principiantes en la carrera del Foro, debemos imponer nos la obligación de examinar con seguro criterio, las cuestiones que por su trascendencia afectan directamente el organismo social; y para lograr un resultado favorable, es necesario despojarnos de toda pasión bastarda y rechazar en cuanto sea posible el relajamiento

político que tan tristes consecuencias viene operando en la Constitución del Gobierno propio.

Nada más peligroso para este objeto, como seguir ó apoyar doctrinas apasionadas que se propagan por agrupaciones de hombres que con el cinismo más inaudito, se dicen partidarios de una idea cuando talvez no tienen más consigna que el odioso caudillaje y la explotación de la candidez de los pueblos, pervirtiendo á la vez á la juventud que se levanta pura y candorosa en el horizonte político.

Hechas las anteriores consideraciones, demás me parece advertir que voy á tratar una cuestión cuya importancia no me permitirá salir de los estrechos límites trasados por los principios.

Se trata de saber si el gobierno de una nación cuyas leyes han sido violadas por un ciudadano, puede legalmente extraer á éste en momentos en que, después de haberse *embarcado en aguas extranjeras, se encuentra á bordo de un buque mercante surto en aguas nacionales.*

El caso puede presentarse de dos modos; ó el ciudadano delincuente está en el buque como simple pasajero ó asilado. Si como simple pasajero, no hay inconveniente en que la autoridad lo tome y lo ponga á la disposición de los tribunales competentes sin que nadie se lo estorbe, pues el hecho de que pase por agua no lo pone á salvo de la acción de la justicia que lo persigue, porque tanto la policía terrestre como la policía marítima ó acuática tienen la misma jurisdicción respecto de los delincuentes nacionales; de consiguiente esa policía marítima ha estado en su derecho al extraerlo del buque.

En este caso pues, no hay cuestión. Ahora en el segundo, es decir, en el caso de que el delincuente esté asilado, pueden traslucirse aparentes dificultades que es nece-

sario desvanecer. El asilo, consagrado y respetado por todas las naciones civilizadas de la tierra, es una garantía indiscutible para las personas á quienes se concede; en tales términos, que el imperio de la soberanía de la nación hostil, concluye precisamente en el punto en donde comienza el ejercicio de tan sagrado y humanitario derecho; pero es de notar, que el asilo presupone autoridad é inmunidades concedidas por la ley de las naciones, ya á los individuos que acogen al delincuente, ya al lugar en que éstos se refugian, de tal manera que adquieren la condición de *inviolables*. Es pues, la inviolabilidad la que favorece al delincuente, y es la que debemos tomar en cuenta para fallar en favor ó en contra de él.

Las naciones en virtud de su soberanía, extienden su imperio hasta á las personas extranjeras que residen en su territorio, y respecto de sus nacionales ó ciudadanos hasta en país extranjero en ciertos casos; y si es verdad que este imperio *cesa* dentro del propio territorio de un Estado, es solamente en los casos excepcionales en que, en virtud de tratados ó por la recíproca consideración que naciones amigas se profesan, consienten en suspender los efectos jurisdiccionales respecto de ciertas y determinadas personas por el carácter de autoridad y soberanía que invisten, las cuales, son: "La persona de un soberano cuando entra en las tierras de la potencia amiga. Representando la *dignidad y soberanía* de su nación, y pisando el territorio ajeno *con el beneplácito* del gobierno local,..... respecto de los agentes diplomáticos, y respecto de los ejércitos, escuadras ó naves de guerra,..... (*) y esta inmunidad tiene su fundamento en la ficción de

exterritorialidad que ha sido elevada por el Derecho internacional moderno, á la categoría de principio.

Como se ve, en los casos de inviolabilidad que reconocen los tratadistas más autorizados, no se comprenden, como no debían de comprenderse, los BUQUES MERCANTES; y si estos no están comprendidos en la ficción de *exterritorialidad*, se desprende lógicamente que no gozan de ninguna inmunidad y que por consiguiente deben sujetarse á las leyes y ordenanzas del país en cuyas aguas territoriales se encuentren.

Y si esto es así, qué inconveniente hay para que el gobierno de la nación cuyas leyes han sido violadas, capture á los infractores en la cubierta del buque mercante? Ninguna.

Por el contrario, el perfecto derecho que asiste á ese gobierno para extender su jurisdicción aun á los extranjeros residentes en su territorio, lo faculta no solo para capturar al delincuente nacional, sino también para capturar y juzgar al buque mercante cuando, abusando del libre tránsito que voluntariamente se le concede, infrinja las leyes y ordenanzas del país.

Queda pues, demostrado que, puede capturarse legalmente á ese delincuente aun con la circunstancia de haberse embarcado en aguas extranjeras. Pero se me dirá que es necesario suponer á este delincuente, un reo político y no un reo vulgar para que pueda ser favorecido con el asilo.

Acepto la hipótesis porque como se habrá notado, soy de opinión que el asilo debe respetarse aun por los pueblos más rudimentarios, como que es, á mi juicio, el punto capital en que descansan las recíprocas relaciones de esos pueblos; pero en el presente caso el asilo no existe, según queda demostrado y la hipótesis no tiene razón de

(*) Bello. Derecho. P. 70.

ser. Sin embargo, aun en el supuesto de que hubiera asilo, la calidad de político es controvertible; porque las naciones, apoyadas en el principio de que "todo acto de hostilidad de un ciudadano contra su patria es un *crimen* donde quiera que se cometa," se reservan el derecho para apreciar esta calidad y calificar á los delinquentes como políticos ó como reos comunes y de aquí, la fuerza que puedan tener para exigir que se les entreguen, cualquiera que sea el lugar en donde se encuentren y las otras naciones se ven obligadas á acceder en fuerza del derecho, la amistad y buena armonía.

Hay pues, necesidad de aceptar la solución que los principios dan á la cuestión presente y convenir en que el delincuente del caso que nos ocupa puede ser *legalmente* extraído del buque mercante, aunque para evadirse de la acción de la justicia haya tenido que embarcarse en aguas extranjeras.

Toca pues, á los gobiernos y á la política sensata de consuno, examinar con la debida prudencia las cuestiones internacionales, pues, por sencillas que á la simple vista se presenten, siempre implican trascendencia por la suceptibilidad de opiniones á que está sujeto el Derecho internacional, y principalmente en tratándose de *asilo* que por ser, como he dicho antes, el punto de apoyo de las recíprocas relaciones de los Estados, afecta tan directamente la dignidad y soberanía nacional; pues de no hacerlo así, resultarían conflictos, que por lo difícil de repararlos, exterminarían las sociedades; resultado contraproducente al abjeto del Estado y al fin que persigue la humanidad.

BAYONA:

LIRAS ETERNAS.

I

Las dulces arpas de los bardos celtas
Ya por el musgo envueltas,
Ceñidas de crespón las cuerdas de oro,
Cuelgan del bosque anciano,
Tristes y mudas sin que amiga mano,
Arranque de ellas el raudal sonoro.

II

Pero siempre en el bosque hay una rama
Que la brisa embalsama
Con el silvestre olor de la magnolia;
Y la oscura arboleda
Con el viento fantástico remeda
La blanda vibración de una arpa eolia

III

Y si algún soñador vaga y se pierde
Entre la sombra verde
Que incubaba el bosque, y mira sorprendido
A las frondas oscuras,
Ve fulgurar un astio en las alturas
Y entre las ramas palpitante un nido.

IV

Y mira allí que enamorada esposa,
La soledad reposa
Junto al silencio, que ante el arco roto
De torcida caverna,
Tañe en oscura melodía interna
La vibradora flauta de lo ignoto

V

Que aunque alcéis á la muerta Poesía
Dolorosa elegía
¡Oh bardos! y del arpa á los bordones
No arranquéis notas bellas
Siempre darán fulgores las estrellas
Siempre darán amor los corazones.

J. RIVAS GROOT

OTONIEL. (*)

SUS RECUERDOS EN DESÓRDEN, ESCRITOS POR

JUAN J. LAINEZ.

A mi querido amigo el joven Br. don D. Campos.

Me es muy grato dedicar estos recuerdos también á los niños, pues creo sacarán alguna ventaja de su lectura.

OTONIEL, nacido en el pueblo de G.***, en el Salvador, por el año de 1868, era

(*) Que existió es un hecho cierto, y solamente cambiamos el nombre.

hijo de padres ricos, que las guerras y otras circunstancias de la vida vinieron á dejarlos casi á la nada al término de 16 años. Desde niño, sus buenos padres trataron de inspirarle los más altos sentimientos de humanidad: los deberes para con Dios, consigo mismo y sus semejantes, en una palabra . . . todo cuanto contribuye á formar un hombre de bien: un buen hijo, un buen padre, un honrado ciudadano.

Desde que nació hasta los 11 años vivió en la opulencia; de esta edad hasta los quince, una vida regular; pero ya existían las deudas, esas deudas contraídas para satisfacer las necesidades de una numerosa familia.

Entró al colegio á la edad de 13 años, mientras tanto las deudas crecían y obligaban al buen padre á deshacerse de todo para satisfacerlas, salvando su honor. Otoniel sumamente apenado por los compromisos de sus padres, pensaba no seguir estudiando; mas su padre hombre recto, exacto en el cumplimiento de su deber, sereno en las adversidades, le obligó á continuar. Cuántos trabajos, desprecios de toda clase y desengaños terribles pesaron sobre el alma de Otoniel! Le despreciaban sus compañeros, le despreciaba su rector; le despreciaban los nobles ricos, la clase media y el populacho ¡Pobre Otoniel! Apartado casi siempre, callado . . . melancólico . . . pensativo . . .

Tal carácter le atrajo el injusto título de orgulloso; sin embargo este modo de ser le agradó mucho á un ilustrado Padre francés, quien lo adoptó por amigo durante sus pocos días de permanencia en la ciudad.

Sus padres por fin vendieron todo, menos dos casas, trasladándose el año de 85 á la ciudad en que estudiaba. Aquí fueron víctima de la falta de palabra de un hombre á quien le habían alquilado una casa, y tres días estuvieron en la calle sin que nadie les ofreciera la sombra de su techo, hasta que el señor López S.*** los llevó á una casa que tenía desocupada en uno de los barrios.

Ya la miseria empezaba á llegar y les prebataba de la mano algunos restos de su antigua fortuna: se necesitaba o donerle suficiente fuerza para evitar sus pesmedidos daños, y para conseguirlo densaron en trasladarse á un pueblo se-

mejante al en que había nacido Otoniel, y conformarse á una vida diferente de la que se lleva en las ciudades, pero mejor. Mientras tanto el joven continuaba estudiando y el año de 87 se presentó en el salón de grados á sostener el examen previo al bachillerato; pero fué despedido de ahí porque iba mal vestido. ¿Y qué hizo? fuese á ver si encontraba con sus varios amigos que tenía en la capital algún vestido, pero de los de éstos ninguno le quedó bien: el que no le quedaba corto, le quedaba muy largo, ó muy ajustado, ú holgado; lo que hubiera dado motivo á que le sacaran á empellones. Desconsolado con esto, se fué de nuevo al Instituto á suplicar al Rector le permitiera examinarse así; se le concedió y fué aprobado.

Viendo después las necesidades de sus padres quiso aprender un oficio, lo comprendió casi en un año; le faltaba perfeccionarse. No era del gusto de los padres aquel oficio, ni ningún otro, sinó que siguiera una carrera literaria: les obedeció, fué á despedirse de ellos al pueblo en que vivían y después se dirigió á los pocos días de haber comenzado sus estudios en la Universidad, dejando escritos estos recuerdos, que no sé si continuará aun después de muerto. He aquí un misterio, pero no os estrañe.

¡Pobre Otoniel!

Vais á ver en sus recuerdos, sus ayes á millares, sus lamentaciones de dolor; vais á ver que fué juguete de los sueños también, de esos que á cada momento aparecen en la mente juvenil como lluvia de reflejos á cuyo contacto nacen en nuestro pensamiento las dulces ilusiones y en nuestro corazón el fuego de de las aspiraciones cuando vislumbremos á lo lejos el templo de la inmortalidad!

Pensar, querer, decidir sin resolver muchas veces; escoger, apurar y prometer son cosas propias de la juventud.

La tierna mente piensa en lo porvenir, le concibe risueño, florido, oportuno, prometiendo vida, prometiendo gloria.

Se concibe pensamientos realizables, pero de realización para nosotros talvez muy lejana . . . Cuántos proyectos, cuántos planes descubre nuestra mente! Mientras tanto, qué de recuerdos se agolpan á nuestra memoria: aquellos solos que constituyen toda nuestra expe-

yos despiertan nuestra alma, y rayos de un sol que la adormecen: una mañana que promete vida, y una tarde que la resuelve en débiles despojos. . . Esta es la vida! Una de esperar que alienta, la decepción que desalienta: ir y venir como las olas, subir y descender como el flujo y reflujo de las aguas. Pero la juventud no debe desalentarse con estas consideraciones de la vida. Es la juventud el porvenir de la patria, la esperanza de las naciones, la reforma de las costumbres; es la juventud la llamada á restituir á los pueblos sus pérdidas grandezas: la juventud debe ser buena en todos sentidos: lo que es la juventud de hoy, serán los pueblos de mañana: felices ó desgraciados. ¡Adelante, juventud!

I.

Es justo que tome la pluma para estampar en este papel mis más dulces recuerdos, la historia de mis sueños juveniles, alegres como la primera sonrisa de la aurora; es justo que aquí deje escrita la historia de mis tiernos y puros amores, mis aspiraciones de niño, mis aspiraciones de joven; los juegos de la infancia, risueños como los floridos prados y alegres como una variación del gran concierto universal; es justo en fin, que deje en este papel escrito, desde mis pueriles sueños, á los amargos desengaños que han sido la hiel de mi juventud. .

Cuantas veces se han agolpado á mi mente esos mil gratos recuerdos de la niñez, me he sentido como en un transporte celestial, como respirando un suave ambiente perfumado con los olores del campo. . . Ah! si esos juegos de la niñez encierran la pureza de los juegos angelicales! Son como las sonrisas de Dios reflejadas en el semblante de esos ángeles, en que resplandecen los rayos del sol primaveral de la vida. Esos juegos inocentes tan desembarazados, tan puros, tan alegres, tan santos, son una clave de bellas inspiraciones. ¿Quién no se inspira al ver esas criaturitas sonreír con la sencillez y candor propios de su edad, y correr en bulliciosa banda levantando sus voces como de mil aves alegres que recorren los aires? Quién no se inspira? Parecen angelitos bajados del cielo, para apagar la amargura de esta tierra de lágrimas; como

que son los llamados á calmar el dolor, y á enjugar esas caras lágrimas que en las horas de melancolía derrama ese ser débil y sensible llamado mujer. Ah! . . . yo recuerdo á mi dulce y cariñosa madre, que un simple abrazo. . . pronunciar una de aquellas palabras que medio podía desatar, bastaba para que apareciera á sus labios una encantadora sonrisa, y secar las maternales lágrimas que rodaban por sus mejillas; se extinguían los sollozos y un suspiro de amor se escapaba de su pecho. Eutonces me estrechaba entre sus brazos para recibir yo en premio la impresión de un beso: me soltaba, me estrechaba otra vez contra su seno, y luego me enseñaba las oraciones con que más tarde debía alabar al Dios supremo, Cristo en el tremendo Gólgota. Qué palabras tan dulces las de aquellas oraciones puestas en mis labios, que medio podían pronunciarlas, dormidos por la inocencia!

Mi padre se divertía en aquellos continuos cuadros que le ponía á la vista la sociedad del hogar. Se sonreía con toda esa gravedad que la naturaleza imprime en el semblante del hombre: sonreía sintiendo quién sabe qué dentro del pecho, al ver el primer fruto de su amor soplando con un beso, el fuego santo del amor doméstico. Y mi madre le hablaba quién sabe de qué cosas que yo no entendía, con una voz no modificada todavía por la vejez, sinó suave, delgada, tierna, llena de melodía armoniosa.

A veces cuando cantaba me parecía la tórtola que tanto yo quería, la que mi padre me había traído un día del campo, arrebatada del nido, y dejando triste á la desventurada madre! A veces me parecía ruiñón inspirado, cantando en dulces gorgeos sobre la rama del árbol secular de la selva! Cuánto gocé en esa edad en que mi madre me tomaba en sus brazos para arrullarme y sellar mi frente con sus besos!

II.

Cuán grande es el amor de madre! Y cuán grande el deber que de este amor se desprende, y que tiene que llenar el hijo!

Recuerdo que cuando mi padre la decía: *aquí tendremos un doctor*, exhalaba ella uno de esos profundos suspiros que

suelen escaparse del pecho del que ama con ferviente amor; ella veía reflejarse ya la imágen del dolor que iba á causarle mi ausencia del hogar. Me apretaba las manecitas, me contemplaba por instantes, se reía con migo y lloraba; yo indiferente, no sabía sentir su amargura, ni apreciar el valor de aquella agua que empapaba sus ojos y rodaba en cristalinas perlas por sus mejillas claras y hermosas.

—Mi padre la decía entonces.

—Aun no ha llegado él día en que debamos separar á nuestro hijo: no llores. . . . todavía gozaremos de sus caricias inocentes; pues qué, siete años no se pasan en un segundo? Ella no contestaba, pero se leía en su semblante un aire de tristeza, una cosa como las tardes de invierno; parecía azucena desgajada de su tallo protector: perdían sus mejillas el tierno rosa y se convertían en pétalos de jacinto maltratados por la mano de la inocencia. Me veía con una ternura indecible, que hoy despedazara mi corazón ya hecho á ser impresionado por el dolor; me veía con un semblante en que se traducía la mágica expresión del sentimiento de madre tierna, compasiva. . . .

Hoy que recuerdo cuando me cantaba teniéndome en los brazos, me figuro una tórtola que entre sus alas arrullaba al hijo encomendado por la Providencia con sus sentidos y suaves gemidos, dulces y penetrantes como la primera expresión de un santo amor. Ay! . . . si mi madre me ha querido tanto . . . que si yo fuera el más delicado cantor del amor materno, me faltarían términos para espresarlo, no sería competente para bosquejar, para pintar ese santo amor de madre; su solicitud, su cariño: no sería competente, repito, para delinear ese cariño incomparable que se admira en el corazón de esa reina del hogar, sér á quien dotó Dios de un sentimiento tan fino, que basta una simple queja del hijo de sus entrañas, para sentir dañado lo más íntimo del corazón y correr á compartir el dolor con él, acaso húmenos los hojos en que se ve brillar la hermosa luz del cielo! Quien dijo madre, dijo existencia, dijo felicidad, dijo gloria; quien dijo madre, conoció religión, conoció Dios y sintió iluminado su sér con la luz del infinito: quien dijo madre, dijo sustento, dijo consuelo,

dijo amor. . . . dijo todo lo grande que se encierra bajo el cielo.

A mi cariñosa madre debo los sentimientos religiosos que abrigo: ella me enseñó las oraciones con que se ofrece á Dios los trabajos y padecimientos de esta vidá, y me fué inculcando sentimientos morales tan santos, que si no hubiera sido eso, ni es menester decir que fuera tal vez un perverso y estuviera acaso durmiendo en un madero, aturdido por la voz de la conciencia, espionando la monstruosa culpa de un horrendo crimen.

¡De cuánto vale ser buena esposa, madre que cumple con su deber, si trae por efecto la felicidad de la familia!

Cuánto hizo mi madre por arraigar en mi corazón los más puros sentimientos de humanidad! Entre mil y mil caricias, enjugando mis cabellos y recostándome en sus muslos donde al tibio soplo de su aliento me dormía, quiso calcar en mi alma, para eterna memoria, sus lecciones santas. Hoy se me reproducen como de ayer las caricias de mi madre: ella se complacía, pasando los dedos sobre mi rostro, en hacer aparecer á mis labios la alegre sonrisa de la infancia, como en hacerme recordar la lección del día anterior y premiarme con un juguete.

Sus dulces palabras, sus canciones. . . todo lo recuerdo como si ayer hubiera pasado! Oh, tiempos que no volverán jamás! Dónde puedo oír el eco dulce, de su voz? Donde mis dichas se hallan? A donde fueron, que me dejaron? Dó está la calma, que en otro tiempo sonrió en mis labios con dulce afán?

¡Oh! dulce amiga,
Querida calma,
Por qué de mi alma
Te has de ausentar?

Por que en el pecho
Ya no como antes,
Dardos puzantes
Me han de matar?

Por que se fueron,
Por que volaron,
Triste dejaron
Mi corazón.

Por que corrieron,
Y se alejaron,

Y me forjaron
La decepción.....

¿Por qué en el alma
No siento el bello
Dulce destello,
Que definir

Pueda esta lucha,
Lucha terrible,
De un monstruo horrible
Con mi existir?

¡Oh, dulce amiga,
Querida calma!
Por qué del alma
Te has de ausentar?

Qué es del sosiego
De aquellos días,
Las armonías
De la canción?

Por qué se fueron?
Por qué volaron?
Por qué dejaron
Mi corazón?

Triste está mi alma!
Siempre está triste.....
Ya no la viste
Con su color.

La aurora pura
Que hoy engalana
De la mañana
La casta flor.

Dichas fingidas
Son las del mundo,
Término oriundo
De la ilusión;

Por qué corrieron,
Y se alejaron,
Y en mí dejaron
Desolación. (1)

III.

¡Ah mi madre! Delicias mías!
Son las nueve de la noche: me parece oír que me habla y que me dice: "véte á acostar."

(1) Estas estrofas causarán risa, pero qué importa? Esto me obliga á decir mi corazón y lo digo aunque se rían los poetas de los versos de un poetastro improvisado.

Casi siempre después de cena me llamaba para jugar con migo, para acariciarme.

Mi amable padre también solía á esa hora, después del toque de la oración del *Angelus*, llamarme con aquel semblante alegre y grave, para recitarme su historia, amarga por cierto; con lo que me preparaba para que al entrar á la época de los sufrimientos no me sorprendieran. Recuerdo un día, que será memorable para mí. Eran las seis de la tarde: los pájaros cantaban entre la arboleda, pero su canto se oía triste como suele suceder al entrar la noche: uno que otro murciélago cruzaba el aire agitando las ruidosas alas: algunas mariposas pasaban con lento vuelo como siguiendo un rumbo fijo; la luna empezaba á mostrar el argentado disco al perfil de la colinita que se levanta al Este del pueblo en que vivíamos: los reflejos del crepúsculo iluminaban todavía la parte superior de la fachada de la iglesia, que también nos quedaba al Este: los ganados comenzaban á echarse en una altiplanicie de la colina cubierta de verdes pastos; y una suave brisa completaba lo agradable de aquella tarde. El me decía:

—Hijo: no siempre has de gozar de la felicidad que hoy te envuelve; no siempre te ocuparás en divertir tu vida con los juguetes, en recorrer los campos, alegre como las aves al revolotear por los aires; ni como la mariposa en las floridas plantas, correrás por las praderas esmaltadas de flores en busca de las más preciosas; nó: ya te advierto que tendrás que padecer en esta vida: tarde ó temprano conforme vayas entrando en años, esta vida que hasta hoy es para tí tan grata se cambiará por completo y quién sabe si tendrás que lamentarte amargamente; pero te advierto que el hombre viene á esta vida no á gozar, sino á sufrir: aquí se viene á padecer y á llorar; á ganarse, mejor dicho, la gloria prometida por Dios á nosotros. Ten presente además, que los padecimientos que pesan sobre el hombre en este mundo, no son eternos, así como no lo son también los goces. Eternos son los padecimientos que esperan al hombre en la otra vida si se ha portado mal, así como eternos son los goces si se ha portado bién; así pues, cuando padezcas debes llenarte de gozo pues

to que los amargos sufrimientos son una poderosa escala para subir al cielo, lugar de la dicha eterna y en donde no hay hoy ni mañana y rotos por completo se encuentran los velos del misterio.

Otra cosa: si llegas á ser pobre jamás te cause envidia ver á otros ricos: ni cuando apures la amarga copa del padecimiento te desesperes porque otros disfruten el bien, ni te llenes de orgullo si al contrario. Sé bueno, y si padeces cónfórmate: confía en Dios, que El te premiará. Esto me dijo, pero le objeté yo:

—Dios es justo, verdad?

—Sí—me contestó.

—Pues si Dios es justo por qué á muchos hombres malos hace ricos, y á muchos buenos muy pobres? Mamá me dijo el otro día también que pidiendo á Dios, todo se consigue, y por qué será que mi tía Segobia G.*** no consigne nada con El á pesar de pedirle tanto? Siempre ha sido pobre, dice, y lo es aunque siempre le ha pedido á Dios: que será eso?

—Dios tarda pero nunca olvida, me dijo; además bien sabe por qué la tiene pobre.....

—Es necesario, continuó, pedirle con mucha fé y no ser un necio.

Dios dispone las cosas así; son muy buenas y en ello se descubre una perfecta armonía: á unos les será provechosa la riqueza, á otros no, así es: lo que aprovecha á unos perjudica á otros. A este respecto dice Bossuet, hablando de "La Providencia" en su reparto desigual de los bienes y los males:

Vosotros, hombres, á quienes Dios ha hecho á su imágen y semejanza, que ha iluminado con su inteligencia, que ha llamado á su reino, podéis creer que os olvida, y que seais los sólo de sus criaturas sobre los cuales no estén abiertos siempre los ojos de su providencia paternal? No sois acaso mucho más que aquellos? (2) Por lo que si os parece algún desorden, si os figuráis que la recompensa corre tras la virtud muy lentamente, y que la pena no persigue de cerca lo bastante al vicio, pensad en la eternidad de este primer sér.

Los designios formados en el seno infinito de esta inmutable eternidad *no dependen de los años ni los siglos, que El*

ve pasar delante de sí como pasan los momentos; y sería menester toda la duración del mundo para descubrir por entero los órdenes de una sabiduría tan perfecta: y nosotros—pon cuidado en esto—miserables mortales, quisiéramos en nuestros días que tan breves pasan ver cumplidas todas las obras de Dios! Porque nosotros y nuestras determinaciones somos limitados á un corto tiempo, quisiéramos que el infinito también se encerrara en los mismos límites, y que en tan corto espacio se desplegara todo lo que su misericordia prepara á los buenos y todo lo que su justicia destina á los malos!

Dios, que es el árbitro de todos los tiempos, que en el centro de su eternidad descubre todo el orden de los siglos, que conoce su omnipotencia, y que sabe que nada puede escaparse á sus manos soberanas, no precipita sus determinaciones. El sabe que la sabiduría no consiste jamás en hacer las cosas prontamente, sinó en hacerlas en el tiempo necesario. El deja censurar sus designios á los insensatos y temerarios; pero á propósito nada encuentra para avanzar en la ejecución por las murmuraciones de los hombres.

En otra parte dice: No obstante, me diréis que Dios hace muchas veces el bien á los malos y deja sufrir grandes males á los justos; y que aun cuando un desorden tal no dura sinó un momento, es siempre algo contrario á la justicia.

Ya ves: á esto se reduce la pregunta que acabas de hacerme; pero oye lo que dice á este respecto: Desengañémosnos, dice, y entendamos la diferencia de los bienes y males mezclados, que dependen del uso que nosotros hacemos; por ejemplo: la enfermedad es un mal; pero cuál será el bien si vosotros le santificáis con la paciencia! La salud es un bien, pero que tan peligroso mal vendrá á ser si favorecéis el desarreglo! He aquí mezclados los bienes y los males, que participan de la naturaleza del bien y del mal, y que tocan en uno ú otro según el objeto en que se les aplica.

Pero entendid—continúa—que un Dios todopoderoso, tiene en los tesoros de su bondad un soberano bien, que jamás puede ser un mal: esta es la eterna felicidad; y que tiene en los tesoros de su justicia, ciertos extremos que pue-

(2) Se refiere á los brutos.

den convertirse en bien para aquellos que los sufren. La regla de su justicia no permite nunca que los malos gocen jamás de este bien soberano, ni que los buenos sean atormentados con estos males extremos, esto es: porque hará un día el discernimiento; más para que se vean mezclados los bienes y los males, los da indiferentemente á los unos y á los otros. Suponiendo esta distinción es fácil comprender que estos bienes y males supremos pertenecen al tiempo del discernimiento general, en que los buenos serán separados para siempre de la sociedad de los impíos; y en que estos bienes y males mezclados se distribuirán con equidad en el conjunto en que nos encontremos; "pues ciertamente, dice San Agustín, era menester que la divina justicia predestinase á los justos con ciertos bienes en los cuales no tuviesen parte los malos, y de la misma manera, que preparase á los malos las penas con las cuales no fuesen jamás atormentados los buenos." (3)

Todo esto le oí atentamente y lleno de cierto remordimiento que no pude menos de descubrirse á mi padre; él me calmó, diciéndome que lo había hecho muy inocentemente; pero yo propuse á mi padre no volver jamás á hacer semejante cosa, á querer sondear los secretos de la Suprema Justicia, y pensé, que siendo la perfecta reguladora, era imposible que obrara así sin ordenarse á un fin perfectísimo.

—En esto me apoyaba— me dijo—para darte aquellos consejos que deseo guardes en tu corazón, para que te sirvan de brújula en la carrera de la existencia, para que te orienten al deseado puerto de la verdadera inmortalidad.

Qué santos estos consejos y qué propios para preparar el corazón de un niño á los padecimientos que le esperan cuando sea hombre! Qué modo tan sencillo y fácil de formar el hombre de bien!

Cuando estas lecciones se maman en la cuna, es muy difícil, quizá imposible que se borren; la experiencia de muchos siglos nos lo demuestra: *los buenos padres hacen los buenos hijos.*

(3) Extraño será que sé me haya quedado tanto en la memoria; y no es bien falso por cierto, pero lo que en sustancia he guardado desde la edad de 11 años, hoy lo he copiado del libro que guarda estas palabras del I. Bossuet.

Mi madre esa vez, que escuchaba también á mi padre, me estrechó contra el pecho derramando algunas lágrimas sobre mi vestido.

—Ah! . . . mi hijo, decía, si habrá nacido para recorrer el mundo, proscrito, ó en busca de un mendrugo de pan que haga prolongar los aciagos días de su existencia! Quisiera ser intérprete de su destino para poner todos los medios de salvarle que están al alcance de una madre: sus ruegos . . . sus lamentos . . . sus lágrimas . . . todo, hasta su misma vida. Esta idea jamás se le borró de la mente, y era en verdad un presentimiento de lo que más tarde debía hacer amar los mis días.

Ellos hasta aquí poseían una verdadera fortuna, pero la suerte empezó á mostrarse adversa con nosotros: era el efecto de las guerras, ese azote de los pueblos, de algunas plagas y otras circunstancias de la vida.

Qué de afrentas, cuantas humillaciones me esperaban! Empecé á apurar desde ese tiempo la cruelísima copa del dolor, empecé á sentir mi corazón lacerado por la amargura, y . . . sobre todo los padecimientos de mi padre, las penas de mi pobre y querida madre me partían el alma. Cuántas veces fuí á llorar junto con ella en esas tristes horas en que el crepúsculo de la tarde aparece en el Ocaso realzando las azuladas montañas y en que la lúgubre noche extiende sus negros velos sembrando el silencio augusto de la naturaleza!

Mis estudios comenzaron á serme difíciles, todo se oponía en mi camino, todo se rebelaba contra mí, con toda esa fuerza que desarrolla el infortunio. Más de una vez las personas que antes me habían mostrado cariño me despreciaron entonces y llegaron hasta no conocerme, porque así es: cuando el hombre padece, no hay quien vaya á aliviarle no hay quien le consuele, no hay quien vaya á jugar sus lágrimas, no hay en fin, quien le conozca y difícilmente quien le ofrezca alimento, ó un triste vestido para cubrir sus desnudas carnes. Y esto es lo que pasa en nuestro siglo, "siglo del oro," en que no hay hombre peor, ni más ignorante que el que carece de dinero, y hasta de loco se le trata muchas veces.

Yo, cuando empecé á sufrir los primeros golpes de de la desgracia, si así pue-

de llamarse, desgracia; no podía apreciar aun el valor de ellos: no dejaba de chocarme puesto que ya tenía doce años, mas esta misma edad permitía desvanecer un tanto esas impresiones, que disipaba jugando con mis amiguitos, dos inseparables, Samuel y Antonio, amados compañeros de mi infancia.

Yo le contaba á mi padre todo lo que me pasaba, pero él me respondía, no obstante saber el por qué de lo que me ocurría, que travesuras me costarían cosas semejantes, experimentar esos disgustos.

(Continuará).

LA BACHILLERA.

(Conclusión.)

Véase el n.º 1.º del presente tomo.

Morir es descansar. La muerte es bálsamo que cicatriza las heridas de todos los desgraciados, es el iris que acaricia en lontananza, desde el fondo de un cielo azul y apacible, todas las almas puras que en la tierra viven ardiendo en la llama de un amor místico y sublime. Los dos extremos de la vida aman la muerte. Andrés quería descansar en el fondo de una tumba, á la sombra del árbol de la cruz; ¿pero como llegar á tan ansiado bien? Esperar que el tiempo y el dolor, en fatídico consorcio, minaran aquel organismo, era un suplicio tan terrible cuanto dilatado que provocaría el desprecio de las gentes y la burla de su hija: violentar los efectos de la naturaleza, atacar por sí su personalidad para destruir con mano impía la obra del Criador, era ser dos veces desgraciado..... ¡Oh Dios! los que como Andrés te aman, los que como Andrés te llevan en el fondo de su conciencia, no te ofenderán jamás, y acatarán con religioso respeto todo lo que venga de tu soberana

voluntad!... El suicidio no es ni será jamás medio lícito para resolver los problemas de la vida del hogar. El suicidio es el extremo, el delirio de los corazones gigantes en la defenza de una gran causa. Solo así obtiene la absolución de la historia; y por eso son, y serán grandes siempre Catón y Lucrecia, el primero muriendo por la causa de la república y la segunda por la causa del honor; y por eso Ricaurte, la figura más simpática que se contempla en la epopeya de la independencia americana, es sublime cuando se sacrifica en San Mateo por la suerte de la patria.

Andrés esperó con resignación evangélica el momento oportuno para salir airoso de tan difícil situación, sin oír resonar en su alrededor las burlas de los ruines ni llevar por flores á su tumba las maldiciones de la sociedad. La revolución estalló. En Occidente se oye la voz del patriotismo indignado que protesta contra las arbitrariedades del poder y reclama el imperio del orden y de la justicia. Andrés oye esa voz que despierta en su corazón el sentimiento del patriotismo y acude, rebosando su pecho de júbilo y entusiasmo, al llamamiento general; se va al campamento donde se encuentran los representantes del derecho y empuña, altanero, el fusil del patriota. De pronto la lucha empieza, y por do quiera se oye el clarín guerrero convidando al esterminio. Donde quiera que el peligro hiciera dudar del éxito de la causa, donde quiera que la existencia del soldado estuviera más comprometida allí estaba Andrés con fanatismo inusitado; era el primero en ofrecerse para el combate y el primero en disparar sus armas contra los sostenedores del crimen y de la tiranía. El leon que en el fondo de la selva ruge y sacude su melena y clava sus aceradas zar-

pas en el pecho de enemiga fiera, en nada es superior al arrojado de aquel indómito guerrero que bien pudiera llamarse el rey de los combatientes; cada batalla librada era un laurel para su frente. Sus camaradas lo tenían en alta estima y le dispensaban todos los respetos y todas las consideraciones á que sus extraordinarias cualidades lo hacían acreedor. En su triunfal carrera, en menos de un mes, ascendió desde soldado raso hasta capitán efectivo; pero jamás quiso abandonar el fusil del soldado por la espada del capitán, y por eso se le vió siempre peleando, rodilla en tierra, confundido con los bravos de su compañía infundiéndoles con su ejemplo todo el valor de su espartano pecho al mismo tiempo que dirigía el combate. ¡Oh Andrés! y como se había transformado de admirador de los verdes campos y amante de la vida humilde y sencilla en rayo de la guerra, en héroe de la revolución!

La balanza de la justicia se inclinaba del lado de la causa del pueblo, el éxito estaba de parte de los que defendían los fueros del derecho, la revolución marchaba de victoria en victoria y pronto llegaría á un triunfo definitivo. El pueblo todo estaba á su lado y el tirano apenas contaba uno que otro defensor de sus mesquinos intereses dispuestos á rendirse en la primera oportunidad. Otro esfuerzo, otro combate más y el porvenir estaría en manos de la revolución. Todos lucharon, en esa última prueba del patriotismo, con denuedo y arrojado admirables; por doquiera se oía entre el fragor estruendoso de las balas ¡viva el pueblo! ¡viva la libertad! ¡muera el tirano! cuando de repente, mientras más encarnizada parecía la lucha, se oye la simpática voz del clarín que toca "parlamento" y se ve en las filas enemigas ondear el estan-

arte blanco, simbolo de la paz y de la conciliación. ¡Oh patria! estás salvada, los últimos sostenedores del desorden se rinden ante la majestad de tu causa, reconocen tus derechos y bajan humillados las armas con que trataran de justificar sus crímenes! Tu aurora brilla ¡oh libertad!

La alegría llegaba á su más alto grado en aquellos patriotas victoriosos, cuando se nota con marcada sorpresa la injustificable falta de Andrés, el héroe de los cien combates: él no está allí gozando el fruto de su brazo todo poderoso, cuando ninguno como él tenía tanto derecho á aquella fiesta. Sus amigos comprenden al momento la suerte que había corrido el compañero ilustre y van al campo del combate á reconocer los que en la lucha sucumbieron. Revistan presurosos, uno por uno, todos aquellos cadáveres sagrados hasta llegar donde se encuentra Andrés con la faz vuelta á las filas enemigas, la fulgurante espada al cinto, el fusil en las manos aun y el pecho acribillado á balazos . . . De allí fué llevado en brazos de sus compañeros al campamento de los suyos donde le fueron tributados todos los honores que había conquistado en su gloriosa carrera militar. Allí, en aquel campo donde la libertad desplegó triunfante sus alas, se alzó la tumba de Andrés, coronada de laureles.

* * *

Antes de marcharse á las filas de la revolución, Andrés llegó á su casa y participó á su esposa y á Margarita, que lo recibieron con alegría y fatifsacción indecibles, su irrevocable determinación. Con su presencia aquel lugar parecía reanimarse y volver á la vida del amor y la dulzura; al lado de Margarita estaban Arturo y Luz con su mirada apacible y encantadora y

su angelical sonrisa infantil gozando las delicias de aquel dichoso momento en que la voz del padre volvía á sonar bajo aquel techo querido.

—Vengo á deciros adios, dijo Andrés desvaneciéndose la luz de aquel cuadro encantador; vengo á deciros adios porque los deberes del patriotismo me obligan á separarme de vuestro lado. Esta misma noche debo unirme con mis correligionarios para correr la misma suerte y no he querido partir sin veros la última vez. Ven tú, Margarita, abraza á tu viejo padre y ruega á Dios por él: ven, hija mía, la más digna de todo mi cariño y de mi amor; déjame poner, por vez postrera, mi tembloroso labio sobre tu frente límpida y juvenil. Dentro de pocos momentos partiré y acaso no vuelvas á ver jamás á quien tanto te ha querido en este mundo; oye mi última palabra: sé buena con tu madre y tus hermanos como lo has sido hasta hoy; ámalos como deben amar todos los que tienen buen corazón, respétalos como debe respetarse todo lo que forma parte de nuestro ser. . . .

Margarita acude presurosa y se pone de rodillas ante aquella figura majestuosa y venerable, bañado el rostro en lágrimas de infinita ternura; intenta articular una palabra para suplicarle que no la abandone, que no se separe de su lado jamás, que viva siempre con ellos como en otros tiempos de ventura y de felicidad envidiables; pero la impresión honda y profunda petrifica el labio y todo se resuelve en sollozos mal comprimidos, en llanto y en suspiros. Andrés, sublime en aquel momento terrible de prueba, puso convulso su frío labio sobre aquella frente abrasadora; tomó en sus brazos á la hija fiel y la estrechó fuertemente á su corazón como si quisiera realizar en aquel instante la fusión de dos almas na-

cidas para amarse eternamente; la besó, la abrazó nuevamente y luego partió en medio de las sombras de la noche, con paso resuelto, en dirección al Poniente. La ilusión se desvaneció.

Lucinda, huyendo como siempre á las miradas de su padre, no presencié aquellos trasportes de amor filial, no admiró aquel éxtasis bendito de dos corazones generosos. Oyó anunciar la partida del padre con indiferencia, acaso con placer, talvez con entusiasmo. Gertrudis, la esposa amante y cariñosa, extática contempló á su marido en aquella situación incomprensible, y creyó que todo era sueño, ilusión aterradoras que venía á aumentar los sufrimientos de su corazón. Andrés á la guerra! . . . no era posible! Dios mío! aquel hombre pacífico y bueno jamás había pensado en tomar el fusil para matar á sus hermanos; siempre había odiado esas carnicerías horribles que diezman y aniquilan la vida de los pueblos. . . . Sin embargo, Andrés partió á vista de todos ellos sin recibir un adios de su esposa ni de sus hijos.

La familia Nájera, á la partida de Andrés, quedó sumergida en hondísimo pesar; cada aurora que despunta, cada día que muere, tienen para el corazón de Gertrudis y de Margarita nuevos motivos de dolor, amarguras, sufrimientos y decepciones que las hacen ahogarse en mares de llanto. El combate se prolonga demasiado, la guerra no termina aún, y durante todo ese tiempo la oración, la mística plegaria viven en los labios de aquellas piadosas mujeres que solo piensan en la suerte del padre y del esposo ausente. La lucha cesa al fin, la causa triunfa y como natural consecuencia el contento y la alegría reinan por do quiera: en todos los semblantes se ve retratada la sa-

tisfacción y el placer, los campos se visten de esmeralda y se coronan de flores, y el canto de las garzotas se oye por do quiera regalando los oídos con las notas dulcísimas de sus arpadas gargantas.

... Solo aquella familia no participa del contento general; aquel hogar, está frío y triste vestido de crespón negro; Andrés el padre cariñoso y tierno, el esposo amante y fiel murió por la causa de la patria y de la libertad dejando á su familia huérfana en medio del torbellino de la humana vida. Y todos aquellos corazones jóvenes, todas aquellas almas castas y puras sintieron el más rudo y cruel de todos los dolores; aun Lucinda, la enemiga implacable de Andrés, derramó á torrentes lágrimas de pesar. ¡Ah! el padre que muere es un astro que se estingue en el cielo del hogar! . . .

Los días trascurrían para aquella familia en esa calma y tranquilidad aparentes con que á veces suele encubrirse los grandes sufrimientos del corazón, sin que nada viniese á interrumpir el fúnebre silencio de aquel hogar. Sin embargo, al cabo de seis meses de muerto el padre, Gertrudis recibió con sorpresa á un viejo vecino de la población, emisario del doctor Sobral, quien, después del exordio de estilo, manifestó á la respetable viuda estar concertado matrimonio entre Lucinda y Sobral, y, que con el objeto de realizar el noble propósito de los novios, iba á obtener de ella su consentimiento, necesario para la ejecución de un hecho de tanta trascendencia para la familia. Aquel hombre, ingenuo y selvático, hechó mano á todos los recursos de su natural elocuencia: de antemano hizo que Margarita asistiese al acto: convencido del papel que en aquel

momento desempeñaba y persuadido de la resistencia que encontraría en aquellas dos voluntades, luchó como un héroe, ora refutando con calor y entusiasmo las razones que se le oponían, nó para evitar aquel ansiado matrimonio, sino para diferir su realización en obsequio al riguroso duelo en que los había envuelto la prematura y nunca bien llorada muerte de Andrés; ora demostrando las grandes ventajas y conveniencias que el proyectado enlace traería á una familia huérfana y desamparada, hasta obtener, por fin, la promesa y el consentimiento de Gertrudis y de Margarita. Lucinda triunfaba.

Pasados algunos días Lucinda cambió el honrado apellido de su padre por el de Sobral; y en cumplimiento de sus deberes de esposa, abandonó aquel techo humilde bajo el cual había recibido el primer beso de sus padres y á cuya sombra se habían deslizado los mejores y más poéticos años de su existencia. Pero ella iba contenta y orgullosa por haber realizado la más bella de cuantas ilusiones había acariciado su mente soñadora; se iba á gozar, á solas, sin ver el adusto ceño de aquel padre cuyo recuerdo la atormentaba aún, á gozar de su amor, de todo su amor, sin que nadie intentara, tirano, poner límites á las expansiones de su corazón. Ella era en aquel momento la más feliz de todos los mortales.

Nuevos pesares para la madre que había hecho de sus hijos el consuelo de su corazón. La nostalgia, la melancolía invadieron por completo su alma; los insomnios eran constantes y terribles; aquellos ojos enjutos, brillantes, sin lágrimas para llorar, se hundían cada vez más en sus órbitas dando al rostro rigidez y aspecto cadavéricos que preludiaban el triste y

próximo fin de una existencia. Margarita con toda la enteresa de un alma grande que mide y comprende la intensidad del peligro que la amenaza, se mantiene impávida y serena en medio de aquel cuadro de desolación; procura llevar al corazón de su madre el bálsamo de la resignación cristiana, cuida de sus dos hermanitos con toda la sollicitud de la madre más tierna y los ama con amor entrañable y sublime, recordando quizá las últimas palabras de su padre: "ámalos como deben amar todos los que tienen buen corazón."

A los tres meses de casada, Lucinda abandonó el suelo natal; se fué con su esposo dejando á su madre y á sus hermanos sin otro amparo que el de la Providencia. Ah! pero aquella triste situación de Gertrudis no podía durar mucho tiempo; agonizaba y la partida de la hija amada vino á acelerar el término de aquella existencia. Adios! . . . Margarita quedó huérfana en el mundo!

* * *

Arturo y Luz, criaturas inocentes que venían á la vida como aurora después de una noche de negra tempestad, crecían á la sombra del amor de Margarita como crecen los lirios en el valle al arrullo de fuente cristalina. Ella era la madre de sus hermanos. De noche, en medio del jardincito que sus manos cultivaban con esmero, los acariciaba entre sus brazos, los hacía rezar una oración por el alma de sus buenos padres, les mostraba el azulado cielo tras el cual se esconde el misterio, la dicha y la ventura que en vano buscamos en este mundo, y les enseñaba los nombres de las estrellas más brillantes con duzura inefable, como no lo hacen muchas madres con sus hijos y muchos maestros con sus discípulos. La existencia de

aquellos tres seres es una primavera indefinida, una aurora espléndida y brillante.

Pero Lucinda está lejos, muy lejos de aquella felicidad envidiable; y allá en su ausencia vino el primer fruto del matrimonio. Como consecuencia los encantos de la madre palidecen y pierden mucho de sus atractivos. El amor de Sobral, hombre prosaico y sensualista por excelencia, declinaba cuando debía brillar en todo su esplendor; aquel hijo que para otro hombre de mejores sentimientos y de ideas más puras y más saludables habría sido un nuevo lazo de amor entre sus padres, una bendición de lo Alto que venía á ser más grata y llevadera la existencia de aquellas dos almas, en el continuo batallar de la vida, aquel hijo, fruto primaveral de sus amores, fué motivo para que el doctor amase menos á su esposa, y no solo esto, sino que también llegó en su crueldad hasta abandonar hijo y esposa allá en una tierra que no era la suya, sin amigos, sin parientes que enjugaran las lágrimas de su padecer. Se fué el esposo infiel con rumbo á su patria, y Lucinda quedó sola como tórtola viuda y sin nido.

* * *

Cuentan los vecinos del pueblo de X*** que una mujer joven, bella aun y en cuyos modales se revela una educación no común, vaga de calle en calle, de puerta en puerta, loca, con un niño en los brazos y como buscando algo que ha perdido . . . Se fué, dice á veces con ademanes insensatos; se fué el ingrato y me abandonó . . . esta es su hija . . . sí! su hija María á quien amo más que mi propia existencia y á quien él ha despreciado . . . Me abandonó por ella! . . y estrechaba, convulsa y delirante, aquella pequeña criatura contra su

enjuto corazón cubriendo al propio tiempo de besos aquel rostro angelical.

Es Lucinda, la Bachillera, la esposa del doctor Sobral.

A***

Nueva San Salvador.

NOTAS.

—“IMPORTANTE MANIFESTACIÓN SOBRE LOS MOTORES ELÉCTRICOS.—Nadie ignora la importantísima parte que Mr. Jablohoff ha tomado en que llegue la electricidad aplicada al alumbrado, al terreno industrial en que hoy se encuentra.

Hace poco que Mr. Jablohoff, ha sido admitido como miembro por la Sociedad de Ingenieros Civiles de Francia, ante la cual hizo en aquel momento algunas experiencias cuyos resultados no presentaba como definitivos, diciendo que llevaba sus aparatos solo para apoyar en ellos la tesis que se proponía defender. Durante el último decenio, dijo, la electricidad ha dado mucho que decir, principalmente como origen de luz, y sobre todo desde la Exposición de 1881, la electricidad ha adquirido el derecho de que se la considere como origen de luz y de fuerza. Los progresos en este sentido han sido sumamente rápidos, y no hay que extrañarse de que en la Exposición de 1889 no haya habido que hacer constar grandes perfeccionamientos en las máquinas productoras de la electricidad; esto debe atribuirse al poco margen que quedaba para progresar. puesto que gracias á los trabajos de sabios eminentes como Tresea, Joubert y otros, se había llegado á tal perfección en las dinamos, que se demostraron rendimientos de 83 á 86 por 100 de los teóricos. Todos los esfuerzos de los electricistas se han dirigido á los procedimientos de fabricación y al precio de costo” Mr. Jablohoff se encuentra entre los que han buscado otros medios de producir la electricidad, distintos de transformar en electricidad la fuerza motriz de una máquina de vapor ó una caída de agua, dedicándose á producir directamente la electricidad por los agentes químicos. Por más que las pilas hayan sido los primeros orígenes

de la electricidad química, no son estas un paso atrás; Mr. Jablohoff, por el contrario, estima que es uno nuevo hacia adelante, no siendo, según él, la producción de la electricidad por la fuerza mecánica sino un paliativo, muy feliz sin duda desde el punto de vista de su empleo práctico, pero solo un paliativo como se propone demostrar.

Mr. Jablohoff, dice que el verdadero origen de la electricidad son los medios químicos. En las dinamos la fuerza inicial se debe, en efecto al consumo de carbón que es una combinación química, pero el efecto útil que obtenemos de la mejor máquina no pasa de un 10 por 100. No transformamos, pues, en fuerza motriz sino el décimo del rendimiento teórico, en la electro química, por el contrario, se puede convertir, colocándose en las condiciones convenientes, el 90 por 100, y aun el 100 por 100 de las calorías en electricidad, y por consecuencia en fuerza motriz. Verdad es que en ese caso se emplean metales como combustibles: el zinc, el hierro, el sodium, etc., los cuales cuestan más caros que la hulla quemada en las máquinas de vapor, pero se obtiene un rendimiento de un 90 por 100.

Si se toma por ejemplo el hierro colado, se consumen 750 gramos por caballo útil, y este consumo puede reducirse á 500 y aun á 400 gramos. Calculado el hierro colado á 4 francos los 100 kilogramos, se llega á un gasto de 0,03 de franco por caballo hora; á esta cifra hay que agregar el ácido sulfúrico ó clorhídrico necesarios para oxidar el metal, sea próximamente un kilogramo de ácido por kilogramo de hierro, lo cual hace que el costo de la hora de caballo útil, cueste de 0,09 á 0,20 de franco. Se llega pues, en estas condiciones, á un gasto igual al que tiene la electricidad producida por las máquinas movidas por motores de 15 á 25 caballos.

Este es ya un resultado notable, pero hay también que tener en cuenta que la producción de la electricidad por medio de máquinas de gran potencia, conduce al empleo de una transmisión que mueve varios dinamos, y en este caso la parada de alguno de estos no hace disminuir proporcionalmente el gasto. En fin, cuando se trata de emplear la electricidad como fuerza motriz no hay gran ventaja en sustituir la fuerza pro-

ducida por las dinamos á la producida por el vapor; pero no sucede lo mismo cuando se trata de electricidad producida por medios químicos.

Para demostrarlo prácticamente, Mr. Jablochoff, ha presentado un pequeño torno eléctrico que no es otra cosa sino una máquina *Gramme* algo modificada, construida en su laboratorio y movida directamente por una batería de pilas. Es un aparato sin transmisión, ni volante, fácil, de poner en marcha y de transportar. Insiste sobre el punto que siendo el movimiento del motor giratorio no necesita transformarse. Es la máquina herramienta eléctrica. Mediando el esfuerzo desarrollado por el aparato, Mr. Jablochoff encuentra 20 volts con 15 amperes, es decir, 300 wats, por más que en la práctica debe reducirse notablemente esta cifra á causa de los circuitos cortos.

Mr. Jablochoff puso su aparato en movimiento, agregando que no tenía otro objeto sino demostrar que no es una utopía la producción de la electricidad por medios químicos y su aplicación como fuerza motriz. A este propósito examina con detalles las pilas empleadas para evitar la polarización y disminuir el consumo del metal; hizo la historia de los acumuladores, tributando los debidos elogios á la pila secundaria de *Planté*.

Añadió, que se había preguntado sino sería mejor sacar partido de las corrientes locales, y de la polarización, que de buscar los medios de atenuarlas; con este objeto ha intentado combinar un alimento con tres electrodos, compuesto de un metal que se consume, entre el metal exitable y el que no lo es, se produce un circuito corto, se tiene una fuerte polarización, y la acción química se detiene muy rápidamente. Cuando se quiere producir corriente se reúne el par que se forma así y sobre el cual se ha dejado que se acumule el oxígeno en el tercer electrodo, el carbón poroso capaz de condenar una gran cantidad de gas. En estas condiciones durante el reposo del motor que actuará con esta pila, se acumulará fuerza eléctrica, y al trabajar de nuevo se dispondrá de una gran fuerza para arrancar. El motor, no gastará, pues, sino cuando trabaje.

Mr. Jablochoff, calcula que en el caso

de una máquina-herramienta movida por una máquina de 15 caballos, se gastan 0,15 de franco por caballo y hora, ya sea que se trabaje ó no, y que ese gasto no excederá de 0,12 de franco por el trabajo útil realmente producido en el caso de que la máquina-herramienta marche con su pila.

De paso ha declarado que ha abandonado las cuestiones de alumbrado eléctrico, para fijarse en las de producción de fuerza, convencido que la luz eléctrica, sobre todo en las lámparas incandescentes, resulta más cara que la de gas al producirla y por la canalización.

Termina diciendo que hay interés para los pequeños motores en preconizar el empleo de la electricidad como origen de fuerza."

DE REGRESO EN LA MANCHA.

Sin árboles ni fuentes la llanura
no el caserío el corazón ensancha,
por lo triste la noche se apresura,
y de regreso estamos en la Mancha.

Aquí de noble vida el plan trazamos
derretido el cerebro en larga vela:
de recio tallo y de cartón forjamos
lanza descomunal, yelmo y rodela.

Ya está cumplida la misión precisa
de tesón y valor no sin excesos;
hiela el laurel de gloria humana risa,
crujen descoyuntados ¡ay! los huesos.

Ya el bravo caballero, rico en dones,
entrega al ocio y al orín la espada:
el que hizo frente á endriagos y leones
ya es solo el buen Alonso de Quijada.

De duques, reinas, magos el confuso
cerco de lo real en los linderos
se borra: en torno ve gentes al uso
curas, amas, sobrinos y barberos.

Bien haces, buen Alonso, ya desecho
de tu ilusión el lampo y muerto el brío,
de arroparte en las mantas de tu lecho
cuando llega la noche y sientes frío.

Entre hielos y sombras aun más claro
brillo la vespertina estrella vierte:
danos calor amigo y luz el faro
de la esperanza mística, en la muerte.

Pues que ya, triste, el corazón no late,

¿Qué más da, si la gloria es solo un sueño, que el corcel en que fuimos al combate haya sido Pegaso ó Clavileño?

Ni de aplausos ni sátiras se cura el viejo paladín de fuerzas falto que lidió, si con visos de locura, ojos y corazón puestos en alto.

Y de la edad y la fatiga al peso, piensa talvez: si en negro surco, abrigo me vas á dar ¡oh Mancha, mi regreso á tus llanuras áridas bendigo.

J. M. ROA BÁRCENAS.

—MÉTODOS PARA OBTENER EL COLOR VERDE EN SUS DIFERENTES Matices —El verde del espectro solar, es un color elementario, pero el verde que se usa técnicamente es binario, porque consiste de una mezcla de amarillo y azul. Cuanto más puro es el tono elementario de estos dos colores, tanto más hermoso es el verde; para los matices de éste, especialmente para los claros, no se deben usar ni el azul ni el amarillo que contengan algo de rojizo sino más los que tienen algo á verde. Los verdes de color subido más puros se producen por la combinación del azul de prusia, de cromo amarillo mezclado con alumbre ó sulfato de alumina. También se pueden obtener estos colores más consistentes coloreando la mezcla con solución de fustete ó palo amarillo, mezclado con azul; el verde mate y sus variaciones se obtienen añadiéndoles un poco de verde de malaquita ó verde brillante que son colores preciosos que no se hacen de mezclas de productos anilinos: el matiz característico de este verde es un color azuloso que no resiste la luz del sol. El verde brillante es algo más amarillento que el verde malaquita. El verde llamado pavo real, se obtiene en todos sus matices aplicando á la combinación del azul y el amarillo un violeta azuloso: el verde aceituno se produce matizando con palo de campeche tierra de ciena y los colores indicados.”

—LOS MOTORES DE VIENTO Y LA ELECTRICIDAD.—Según una revista extranjera el motor de viento instalado en el faro del Cabo La Hague se emplea para cargar acumuladores de electricidad funcionando con buenos resultados. Las

dinamos son dos y el movimiento se trasmite por un árbol vertical y dos paras de piñones que mueven á un eje horizontal. El motor funciona automáticamente con brisas ligeras como huracanes, consiguiéndose esto por un regulador esférico, por medio del cual la superficie que presenta las esferas, resulta proporcionada á la fuerza del viento. El acto de poner en marcha ó parar las dinamos se efectúa también automáticamente. Parece extraño que todas estas ventajas no se hayan generalizado las combinaciones del viento y la electricidad especialmente en el alumbrado de los faros aun de las ciudades.”

—LA CÉLEBRE ESCRITORA ESPAÑOLA DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN.—Emilia Pardo Bazán nació á fines de 1852, en la Coruña, capital de Galicia. Su familia, lo mismo por parte de padre que de madre, es de las más ilustres de la antigua nobleza gallega, y arranca del famoso mariscal Pedro Pardo, el turbulento magnate decapitado por los Reyes Católicos. La educación de la futura escritora fué muy amplia; sus padres le permitieron entregarse desde los primeros años á su desmedida afición á la lectura, y no estorbaron, antes favorecieron su vocación literaria, que se reveló desde muy temprano en artículos, versos y ensayos de novela. Esta vocación—interrumpida por la existencia de continuos viajes y distracciones que llevó desde su casamiento con don José Quiroga, casamiento verificado cuando la escritora no contaba más que diez y seis años—remaneció al nacer el primer hijo, con la vida sedentaria y tranquila impuesta por la lactancia, pues la Pardo Bazán, que es una madre apasionada, ha criado á sus tres hijos con cariño y fortuna, prevaleciéndose para llenar esta sagrada función de la gran robustez que el cielo le ha concedido. Hacia 1877 ganó el primer lauro de prosista con el *Estudio crítico sobre las obras de Feijoo* y desde entonces, en el corto espacio de trece años ha desplegado asombrosa actividad, no solo en sus escritos, sino en su vida, granjeándose la universal reputación que disfruta escribiendo y publicando más de veinte tomos, realizando otros muchos viajes de estudio y de arte, que alguno se hizo célebre como el de la Romería Vatica-

na de 1887. En trece años su nombre profundamente desconocido, ha venido á ser quizás el más repetido, citado, comentado, llevado y traído de la literatura española, y ni en fama ni en venta tiene hoy Emilia Pardo nada que envidiar á ninguno de los autores españoles contemporáneos. Hace dos años la opinión pública la señalaba para ocupar un sillón en la Academia Española.

La personalidad literaria de la ilustre escritora es doble. Novelista y crítico á la vez, hay quien se deleita con sus fábulas, ó mejor dicho con sus estudios de la realidad, y quien saborea y prefiere sus delicadísimos anales y sus brillantes trabajos de polémica periódica, sus sabrosas narraciones de viajes y sus doctas lucubraciones sobre historia ó filosofía. Hay un libro de Emilia Pardo, *El San Francisco de Asís*, que se lee con igual devoción que pueden leerse hoy las obras de Santa Teresa, y la numerosa comunión católica no cesa de lamentar que la Pardo Bazán no dedique su pluma á trabajos del mismo género, en lo que, al decir de Menéndez Pelayo, la insigne gallega compite ventajosamente con los Montalembert y los Ozanam.

Si los autores de reputación más vidiosa son aquellos que traen al pensamiento de su época y de su patria *algo nuevo*, la fama de Emilia Pardo Bazán no morirá nunca, porque ha innovado en España el criterio estético, verificando una revolución en el terreno de la novela. A este resultado concurrieron sus famosos artículos titulados *La Cuestión Palpitante* y sus no menos celebradas conferencias del Ateneo de Madrid sobre *La Revolución y la novela en Rusia*.

Las obras de la Pardo Bazán son tan conocidas que casi huelga dar lista de ellas: ¿quién no ha leído además del *San Francisco* y *La Cuestión Palpitante*, las preciosas novelas *Un Viaje de Novias*, *El Cisne de Vilamorta*, *La Tribuna*, *Los Pazos de Ulloa*, *La Madre naturaleza*, *Una Cristiana*, *Morrina*, *Insolación*? ¿Quién no ha saboreado con golocina los primorosos cuentos de *La Dama Joven*? ¿Quién no admira la crítica delicada y sutil de *De mi Tierra*?

La Pardo Bazán, que no goza de los fueros de su sexo, pues lo varonil de su ingenio hace que sea discutida y comen-

tada como un hombre, tiene émulos y enemigos, pero supera con mucho al número de estos el de los admiradores y lectores asiduos, que desde todos los puntos de España y América le dirigen testimonios de entusiasmo.

Un detalle para completar su biografía. Hará cosa de medio año perdió la insigne escritora á su padre, al cual profesaba entrañable cariño, y cuya muerte alteró su salud y la alejó algún tiempo de las tareas literarias. El fallecimiento del respetable Conde de Pardo Bazán dejó á su hija única heredera del título noviliario que aquel señor poseía. La escritora, sin embargo, no lo usa, porque dice sincera y sencillamente: "¿Quién va á conocerme por condesa? Yo seré *la Pardo Bazán* toda mi vida."

—ENVENENAMIENTO DE LA CARNE POR EL HUMO DE TABACO.—Los experimentos de Mr. Bourrier han puesto fuera de toda duda cuan peligroso es para la salud pública, conservar carne fresca, ó preparada para ser comida, en lugares en que se fume, siendo muy digno de ser conocidos los resultados que con aquellas experiencias se han obtenido.

Sometidos por Mr. Bourrier á una sumigación prolongada, dos kilogramos de carne partida en delgados trozos, ofreció después ese manjar ahumado á los perros, que lo rechazaron con muy buen acuerdo; pero habiendo dado á uno de estos, varios pedacitos envueltos en migas de pan, el pobre animal sucumbió al engaño, muriendo en menos de una hora, presentando evidentes síntomas de envenenamiento: evacuaciones albinas muy abundantes, respiración estertórea y violentas convulsiones. La autopsia demostró que los intestinos de la desgraciada víctima de la ciencia, estaban muy inflamados y llenos de manchas.

Todas las ratas que comieron un pedazo de ternera que se asó después de estar impregnado de humo de tabaco, fallecieron también, á pesar de que al preparar esa carne, el jugo que de ella fluía arrastraba consigo una parte de las sustancias venenosas.

Cociendo la carne después de ahumarla con tabaco exhala un olor empi-reumático; pero no es nociva, y solamente provoca vómitos.

Extrayendo por medio de la presión,

el jugo de carnes saturadas de humo de tabaco, se recoge un verdadero licor venenoso, que administrado en muy pequeñas dosis, provoca vómitos y produce una postración completa en los animales; y si se hace uso de él para poner inyecciones subcutaneas á conejos, ratas, gorriones, etc., se determina la muerte de estos seres, víctimas de violentos fenómenos convulsivos.

En cuanto á la mayor ó menor facilidad con que se impregnan las carnes del humo del tabaco, Mr. Bourrier ha hecho las siguientes observaciones:

Los biftecks, pocos fritos, absorben con alarmante facilidad el humo del tabaco; siguiéndose después las carnes cocidas, luego las asadas, y por último, las saladas y *boucanées*, que son las menos fáciles de impregnar siendo tanto menos probable que quede envenenada la carne, cuanto más fría esté al ahumarla.

También depende el peligroso fenómeno analizado por Mr. Bourrier de la calidad del tabaco que se emplea; el que está húmedo produce un humo espeso y acre que se condensa rápidamente, depositándose en los cuerpos próximos; es más perjudicial el humo del tabaco quemado al aire libre, que el obtenido al fumar, y cuando se hace esto, las bocanadas de humo más deletéreas son las últimas que del cigarro ó pipa se sacan. Las conclusiones que deduce Mr. Bourrier de sus experiencias son, como es fácil comprender contrarias en absoluto á que la carne destinada á la alimentación pueda estar expuesta á las emanaciones tóxicas de una atmósfera envenenada por el humo del tabaco, atribuyendo aquel experimento á los efectos de este, ciertos envenenamientos que carecían de explicación y que juzga producidos por las carnes que se hallaban en buen estado, al parecer, al ser ingeridas.

Esa acción venenosa del humo de tabaco debe atribuirse á la facilidad con que aquel deposita sobre los cuerpos próximos, cuando se enfría, un gran número de materias venenosas: nicotina, carbonato de amoniaco, ácido prúsico combinado con varias bases, diversas sustancias colorantes y principios aromáticos de fuerte olor y muy peligrosos.

—PROCEDIMIENTO SENCILLO.—Los periódicos ingleses dan idea de un método curioso.

Se trata de un nuevo método de orientarse sin brújula, durante el día. El procedimiento es tan sencillo como exacto, y cuando se conoce, la primera idea que asalta á la imaginación es la de parecer imposible que no se haya descubierto antes.

Otro caso del huevo de Colón.

Para orientarse no habiendo sol y teniendo un reloj basta hacer los siguientes:

Colóquese el reloj de modo que la aguja de las horas esté en dirección del sol y el Sur se encontrará exactamente en la mitad del camino entre la hora indicada y la cifra XII del horario.

Por ejemplo: si el reloj marca las cuatro, la cifra II del horario indicará la dirección del Sur; si señala las VIII, la cifra X determinará aquella misma dirección.

Es un procedimiento breve que puede prestar buenos servicios á los cazadores, á los viajeros y aun á los militares en campaña.

MISCELANEA.

Debido á la solicitud de uno de nuestros muy estimados consocios, hónranse las columnas de "La Juventud Salvadoreña" con el precioso artículo "La Esperanza," producción ameritada de una distinguida señorita de esta capital, que se oculta bajo el seudónimo de Marina.

Prometedora es esa pluma que así maneja gallardamente el idioma, como da forma artística á delicados pensamientos; y si como es reconocido que la perfección se debe al ejercicio constante, mucho y muy bueno debemos esperar los amantes de la patria literatura, cuando como en el caso presente concurren en adecuada proporción conocimientos bastante extensos, afición á las labores intelectuales y exquisito gusto, sobre todo y en

cuanto se refiere al orden de lo bello.

Lo que atañe al sentimiento, lo que pertenece á la esfera de los afectos, lo que forma ese otro mundo de las más brillantes idealidades y de los más puros ensueños, está necesariamente sometido á la percepción y al estudio de las inteligencias femeninas; porque según el decir de Plotino solo el que es hermoso entiende de hermosura.

"La Juventud Salvadoreña," que cifra sus aspiraciones en propender al desarrollo de la literatura nacional, se regocija de registrar en sus páginas composiciones que como la de Marina, prueban una vez más que la mujer salvadoreña, así como encanta con sus virtudes en el recinto perfumado del hogar, con el calor de su alma mantiene viva la llama del patriotismo y con las luces de su inteligencia ayuda á la santa labor del progreso.

Nada valen nuestros elogios para quien como Marina, le bastan sus escritos para adquirir merecido renombre; pero aprovechamos esta ocasión á efecto de aplaudir á la inteligente escritora y ofrecerle respetuosamente las columnas de nuestra humilde Revista.

"Guía metodológica para la enseñanza de la Historia." Tal es el título de la obra que con atenta dedicatoria, que agradecemos en lo que es debido, ha visitado nuestra mesa de Redacción, merced á la benevolencia de su autor el distinguido educacionista don Enrique C. Rebsamen. Hemos leído algunos capítulos, especialmente los que se refieren á procedimientos de enseñanza; y aunque desautorizada es nuestra opinión, no podemos menos que manifestar que al mismo tiempo que se difunden principios conformes á los últimos adelantos científicos se atiende á la claridad, condición precisa de toda obra didác-

tica, y no se echa en olvido la pulcritud en el lenguaje, vicio en que se incurre por querer hacerse más fácil de comprender.

Rendimos las más expresivas gracias por el envío de la obra, y la recomendamos á nuestros abonados.

El matrimonio de un poeta.

—El viernes 16 de los corrientes, y en la ciudad de Sonsonate, se celebró el de nuestro distinguido amigo el joven poeta don Carlos A. Imendia con la virtuosa y bella señorita Rosa Boquín. Saludamos á tan simpática pareja, y hacemos votos porque el ángel de la ventura vele siempre á las puertas de este nuevo hogar.

Recepción.—Pronto se efectuará públicamente la del señor Dr. don Francisco Martínez Suárez, en su calidad de socio activo de "La Juventud Salvadoreña." El discurso reglamentario, que pronunciará el Dr. Suárez, trata de "La movilización de los capitales."

Aunque tarde, hacemos presente nuestra condolencia por la prematura muerte del joven escritor salvadoreño don Jenaro L. Ferrandiz,

¡Paz á sus restos!

El "Municipio Salvadoreño." Este ilustrado y ameno colega ha seguido visitando nuestra mesa de redacción. Agradecemosle la puntualidad.